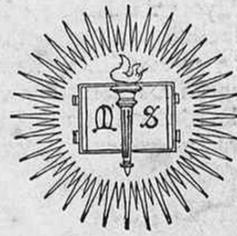


La Ilustración Artística



Año XXVIII

BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1909

Núm. 1.424

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



PRIMAVERA DE LA VIDA, copia del notable cuadro de Juan Brull



Texto.—Revista hispano-americana, por R. Beltrán Rózpide. — *Un amor*, cuento de Rafael Ruiz López. — *Altar erigido en la nueva iglesia de los PP. Dominicos.* — *Notas japonesas.* — *Un príncipe indio actualmente en camino de Europa.* — *La nueva Pinacoteca Vaticana.* — *Campeonato de «Foot ball» de España.* — *El Doctor Ricardo Greef.* — *Placa conmemorativa de la Conferencia de Algeciras.* — *Espectáculos.* — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Mónaco. 6.º «meeting» de canoas automóviles.* — *Madrid. Carreras á pie.* — *Barcelona. La jura de la bandera.*

Grabados. — *Primavera de la vida*, cuadro de Juan Brull. — *Dibujo de Mas y Fondevila* que ilustra el cuento *Un amor.* — *Inspiración*, cuadro de Pedro Sáenz. — *Tipos y costumbres japoneses.* — *Altar erigido en la nueva iglesia de los PP. Dominicos*, obra de J. Bassegoda y M. Fuxí. — *El maharajá de Bharatpur.* — *Roma. Inauguración de la nueva Pinacoteca del Vaticano.* — *El Jueves Santo á la puerta del Santo Sepulcro (Jerusalén).* — *La ceremonia del Lavatorio entre los católicos griegos (ortodoxos).* — *Campeonato de «Foot ball» de España.* — *Ricardo Greef.* — *Placa conmemorativa de la Conferencia de Algeciras.* — *Mónaco. 6.º «meeting» de canoas automóviles.* — *Los «cruisers» «Gohón» y «Gregoire-VII.»* — *Madrid. Campeonato de carreras á pie.* — *Barcelona. La jura de la bandera.* — *Monseñor Amette bendiciendo el Aeródromo de la Compañía de Aviación cerca de Juvisy.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: supuestas tentativas revolucionarias: los propaladores de noticias falsas: el aspecto financiero de la vida nacional cubana: los resultados de la intervención yanqui desde el punto de vista económico. — **República dominicana:** desarrollo de los intereses materiales. — **Política internacional centroamericana:** el mensaje del presidente de la República de El Salvador: relaciones con *Honduras*, *Guatemala* y *Costa Rica*: desavenencias con *Nicaragua*: la intervención en Centroamérica defendida por los yanquis como hecho económico necesario para ellos y provechoso para los demás: los patriotas mexicanos y la actitud de México con relación á la política intervencionista.

De turbulencias, motines ó tentativas revolucionarias en Cuba suelen venir noticias á Europa con alguna frecuencia. Mas pronto llega también la desmentida oficial: un alboroto en las calles de cualquier ciudad ó un acto de fuerza realizado en el campo por gentes mal avenidas con el derecho de propiedad, son origen del rumor, y al ir pasando la noticia por la prensa de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia, aquellos hechos toman proporciones extraordinarias, dando motivo ó cuando menos pretexto á los yancófilos para proclamar una vez más las excelencias del régimen de intervención y la incapacidad de los cubanos para gobernarse por sí mismos.

Por otra parte, hay quien supone en los propaladores de esas noticias exageradas un interés financiero personal. Son los que durante la intervención yanqui intermediaban en ciertos negocios, muy provechosos antes, decaídos ahora. Procura el gobierno cubano atraerse el concurso de la banca europea, y especialmente la francesa, para realizar importantes obras públicas que tiene en proyecto: la mayor ingrencia en Cuba del capital europeo contraría á ciertos elementos financieros que hoy prevalecen, y de aquí el empeño en éstos de pintar con los más negros colores la situación de la isla, y aun la tendencia á promover verdaderos movimientos revolucionarios con el fin de provocar una nueva intervención.

Este aspecto financiero de la vida nacional cubana ofrece excepcional interés y requiere preferente atención por parte del actual gobierno. En el orden político, dado el conflicto que surgió en los días de Estrada Palma, podrá haber sido favorable la intervención yanqui; pero en el orden económico los resultados fueron desastrosos. Se ha dilapidado buena parte del tesoro que dejó el gobierno de la primera República. Muchos extranjeros se han enriquecido por medio de contratas y operaciones bancarias, sin beneficio alguno para el país; se han gastado millones en carreteras y puentes que siguen en lastimoso estado, y según escribía *La Gaceta económica* de la Habana, el comercio estaba paralizado, la agricultura sin brazos, la industria casi muerta y... «en fin, todo lo más malo que pudiera ocurrirle á Cuba se lo trajo la administración provisional de los Estados Unidos.»

Viene notándose en estos últimos tiempos evidente progreso en la vida económica de la República

dominicana. Toma la agricultura gran vuelo, aumenta la producción de azúcar, tabaco, cacao, café, maderas y frutos tropicales, y se fundan ó están en proyecto escuelas, periódicos y bancos agrícolas. Para fomentar las industrias manufactureras, entran libres de derechos de aduanas las máquinas y las primeras materias.

El comercio, cuyo valor llega ya á 20.000.000 de pesos al año, se facilita por medio de nuevos caminos en el interior y nuevas líneas marítimas que ponen en comunicación las hermosas vegas y grandes plantaciones de la isla con sus puertos y éstos con Nueva York y otras plazas extranjeras.

El mensaje que en febrero dirigió á la Asamblea nacional el presidente de la República de El Salvador, alude en sus primeros párrafos á los grandes y trascendentales problemas que se presentaron para la convivencia armónica de las naciones centroamericanas en el decurso del año 1908, y entre ellos al incidente de acusación formulado contra el gobierno salvadoreño por el de Honduras, incidente en el cual, como ya se ha dicho en anteriores *Revistas*, el Tribunal centroamericano de justicia sentenció á favor de El Salvador.

Consecuencia del litigio fué la suspensión de las buenas y cordiales relaciones de amistad entre los gobiernos acusador y acusado, quedando aquéllas reducidas al cumplimiento de los pactos internacionales de interés general, relaciones que no corresponden en manera alguna al patriotismo centroamericano; pero cree el general Figueroa que el incidente en cuestión no puede constituir obstáculo insuperable que se oponga á restablecer el estado anterior de fraternidad.

En cuanto á las relaciones con las Repúblicas de Guatemala y Costa Rica y los otros países fuera de Centroamérica, afirma el presidente de El Salvador que no sólo se conservan en buen pie, sino que también cada día se hacen más estrechas y cordiales.

Nótese que en esta declaración que en los últimos días de febrero hacía el general Figueroa no se menciona á Nicaragua. Poco después, á mediados de marzo, llegaban á Europa rumores de grave conflicto entre dicha República y la de El Salvador, se hablaba de combates entre cañoneros de ambos Estados y anunciábase que iba á entrar en juego, por virtud de acuerdos anteriores, la acción interventora de México y de los Estados Unidos.

Los gobiernos de una y otra República telegrafaron á los periódicos de Nueva York desmintiendo que hubieran empezado las hostilidades. Los mismos términos de la rectificación demostraban que había peligro de ruptura ó, por lo menos, que eran poco amistosas las relaciones entre esos dos países centroamericanos.

Coincidía todo esto con la retirada del encargado de Negocios de los Estados Unidos en Nicaragua á causa de ciertas reclamaciones que hicieron súbditos yanquis y que el gobierno de aquella República se negaba á satisfacer.

La situación así creada viene otra vez á poner á la orden del día el sistema ó doctrina de las intervenciones de un Estado en los asuntos de otros. Este sistema lo patrocina y lo practica, siempre que puede, la Unión norteamericana en nombre del interés comercial ó económico. Con toda claridad lo planteaba, y resultadamente lo defiende *The New York Times*. «La enorme producción de los Estados Unidos—dice—necesita mercados de gran consumo; sus inmensos capitales buscan empleo reproductivo en estas nacionalidades de Centroamérica, en donde todo se halla incipiente en materia de progreso económico y donde lo que más falta hace para el desarrollo de la vida material son capitales. La influencia y la dominación de los Estados Unidos en lo económico son y tienen que ser un hecho sociológico incontestable.

»En el orden natural de las cosas, en la lógica inflexible del progreso humano, como en el orden cósmico, las grandes masas atraen á las pequeñas, por que tienen más fuerza en lo material y en lo moral. Y esa atracción, ese dominio de lo grande sobre lo pequeño, ofrece todos los caracteres de fuerza irresistible cuando entre las entidades que luchan no se interponen los obstáculos que crean el espacio y la distancia.

»En la vida internacional, las fronteras son demarcaciones artificiales que sólo tienen valor político; en

la vida económica, en materia comercial, en las relaciones del capital y del trabajo, no existen fronteras. Podrá decirse: «hasta esta línea llega el ejercicio de la soberanía nacional;» pero no «aquí se detiene la corriente de los intereses materiales de una nación.» No hay obstáculo ni valladar para esa corriente; rompe toda barrera y cae sobre los demás pueblos, sobre un continente entero, si tiene volumen y fuerza para ello.

»Una nacionalidad repleta de hombres y riquezas es como una vasija que rebosa; lo que sobra, lo que no cabe, se desborda al exterior y busca sitio y empleo. No hay ley posible que pueda evitar este fenómeno. Es preciso aceptarlo con más ó menos gusto ó resignación, tal como se aceptan ó sufren los hechos fatales de la naturaleza.

»Esa influencia natural de los pueblos ricos sobre los pueblos pobres, de los pueblos más civilizados sobre los pueblos menos cultos, de los pueblos fuertes sobre los débiles, es la que pretende dirigir y encauzar el gobierno de los Estados Unidos por medio de tratados de amistad y comercio, de relaciones intelectuales, de compenetración de intereses y laborando al mismo tiempo para consolidar la paz en todo el continente americano.

»Esa influencia legítimamente ejercida por medio del capital y el trabajo se siente en México desde hace unos quince años, y en Cuba desde hace tres ó cuatro. El capital norteamericano ha centuplicado la riqueza nacional en esos dos pueblos, y ha creado empresas agrícolas, mineras y comerciales, vías de comunicación y toda la actividad que la riqueza produce impulsando el movimiento económico.

»¿Por qué—añade el diario yanqui—no ha de llegar á Centroamérica ese influjo providente, si Centroamérica no es más que la prolongación de la América del Norte y sus puertos para el tráfico comercial se hallan más cerca de los Estados Unidos que de cualquier otra nación civilizada y rica?

»Esta es la influencia que el gobierno de los Estados Unidos quiere ejercer en Centroamérica, haciéndola posible por medio de la paz y la consolidación del orden, porque sin orden ni paz no puede haber garantías para el capital, para el trabajo ni para la personalidad humana.»

Bien se advierte en estos párrafos del *New York Herald* el empeño que ponen los yanquis en coonestar sus propósitos de intervención activa en Centroamérica. Satisfarán así la imperiosa necesidad que sienten de dar empleo reproductivo á los enormes capitales que les sobran; pero harán ricos, grandes y felices á los pueblos intervenidos, y gracias á ellos, sólo á ellos, será la América «el continente de la democracia, de la paz y de la libertad, el paraíso de las razas del viejo mundo vencidas por la miseria y empujadas por el viento de la adversidad hacia las tierras americanas en busca de justicia y de fortuna.»

Como ya sabemos, en la acción interventora de los Estados Unidos sobre la América central, el gobierno de Washington quiere ir en compañía de México. Le conviene el concurso de esta República para imponer orden y paz: así compartirá con ella la animadversión que sus actos puedan crearle en América; pero no los provechos, puesto que en México no rebosa la riqueza como en los Estados Unidos.

Los patriotas mexicanos se ponen en guardia contra estas pretensiones de los Estados Unidos, cuyas inmediatas consecuencias son enemistar á México con las Repúblicas de la América Central. Hay en México un fuerte partido resueltamente hostil al sistema de intervención, y los periódicos que reflejan la actitud y las opiniones de ese partido rechazan airados la idea de que su país pueda algún día llevar ejércitos á Centroamérica so pretexto de pacificación.

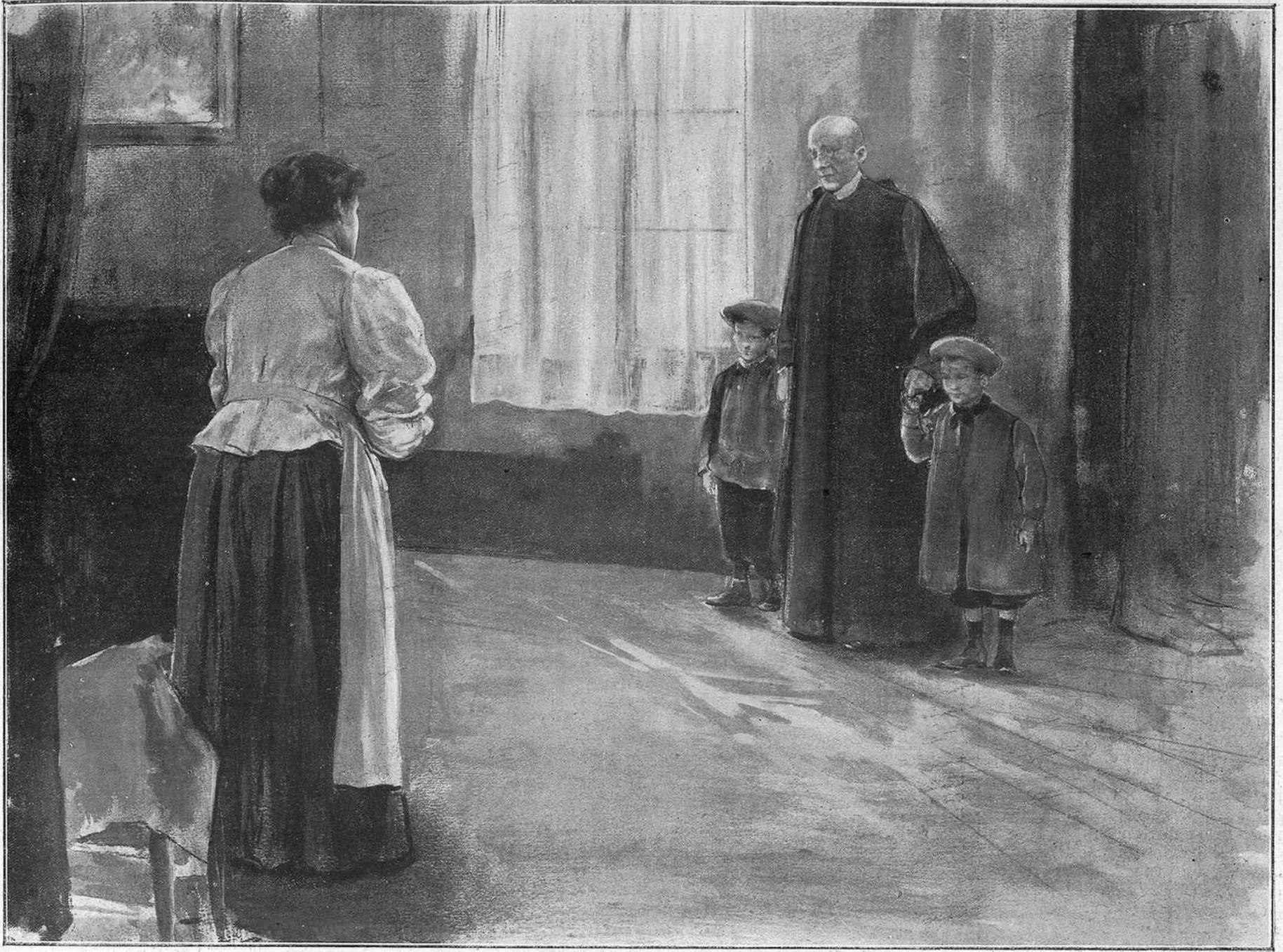
Los gobernantes de México son prudentes, deploran las contiendas civiles ó exteriores que afligen á esas Repúblicas del Centroamérica y están dispuestos á interponer sus buenos oficios, su gestión amistosa y diplomática, como árbitros de paz; pero nada más.

Por otra parte, la paz ó la guerra en Centroamérica afecta poco á los intereses mexicanos. Verdad es que su influencia es también mínima con relación á los Estados Unidos; pero ya hemos visto que éstos necesitan á todo trance apoderarse de los mercados del continente americano.

Por consiguiente, si para ellos ha de ser el provecho, que de ellos sean también la responsabilidad y los peligros, que los tiene, de la política intervencionista.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

UN AMOR, CUENTO DE RAFAEL RUIZ LÓPEZ. Dibujo de Mas y Fondevila



—Traigo á estos ángeles para que los vea usted, para que los conozca usted, hija mía

Yo conocí á la mujer que no había pecado nunca. El justo peca siete veces al día; pero ella era algo así como la quinta esencia del justo.

La conocí cuando ya había cumplido los treinta y dos años. Era bajita, bien conformada, ágil y saludable. De su boca no estaba lejos nunca el dulce encanto de la sonrisa; una sonrisa que no era alegría, sino bondad; aunque habían llorado mucho por los pecados de los hombres, sus ojos conservaban la hermosura, la humedad y el brillo juveniles. Era graciosa su noble cabeza, en la que entre el cabello negro y ondeado brillaban muchas canas, las bastantes para indicar vejez, y su cara, sin arrugas, blanca y empalidecida, tenía de continuo una expresión plácida, piadosa y atrayente.

Amé mucho á aquella mujer que parecía una viejecita, con un amor profundo é inexplicable, con ese amor desinteresado y noble con que amamos las cosas santas cuando estamos convencidos de su santidad. La veía todos los viernes en el Oratorio del Olivar; pertenecía al Apostolado de la Oración y comulgaba tales días con fervor jamás visto. Cuando el sacerdote dejaba en su lengüecita rosada la forma consagrada, el llanto fluía dulcemente de sus ojos; un llanto producido por el profundo enternecimiento de su corazón.

Me recreaba y me conmovía contemplándola. Porque he de advertir que entonces era yo seminarista, y ayudaba la misa á diario á un buen señor que no gustaba de acólitos irreverentes y distraídos. Por esta razón podía verla frente á frente y de cerca, y hasta poner con sumo cuidado, debajo de su barba, la argentina bandeja, para evitar que cayese al suelo alguna partícula, ya que en todas ellas iba Dios Nuestro Señor. Siempre comulgaba en la misa ayudada por mí, que celebraba mi viejo amigo al alba. Durante los demás días de la semana, mis ojos la buscaban en vano por el reducido Oratorio; la bus-

caban al entrar, al salir y durante la misa, al mudar el misal, cuando llegaba el momento del *Lavabo*, en toda ocasión, en fin, en que me era dable mirar á los fieles, aunque fuera de reojo, sin poner de manifiesto mi distracción. Esto era hipocresía, ya lo sé; Dios me la perdone; pero yo no podía vencer mi deseo de verla, de contemplarla y de admirarla. Le encontraba un leve parecido con mi madre, con mis hermanas, con todas las personas que me eran amadas; aquella mujer tenía algo de todas las gentes buenas y santas, porque, ya lo he dicho, era la esencia del justo.

Muchas veces sentí el deseo de seguirla, averiguar dónde vivía, solicitar su venia para visitarla... Hay pasiones inexplicables, y yo sentía una pasión inexplicable por aquella mujer. No la había oído hablar, pero estaba seguro de reconocerla en cualquier parte por el timbre de su voz.

Faltó dos viernes seguidos á la comunión, y creí enfermar de intranquilidad y de zozobra. Yo esperaba con ansiedad los viernes para verla, para contemplar su cara, blanca como una hostia y atrayente como una caricia maternal; para admirar la santa unción con que se acercaba á la barandilla, feliz en participar del sacrosanto banquete en que Nuestro Señor nos da generosamente y sin cansancio su sangre y su cuerpo... No sabía á quién dirigirme en demanda de noticias suyas. Tuve intención de ir preguntando una por una á todas las beatas que frecuentaban el Oratorio; pero me acobardaba no saber su nombre, y el temor de que se diera á mi ansiedad una intención torcida.

Cuando hube doblado el alba, la casulla, el amito, la estola y el manipulo, y guardándolo todo en el correspondiente cajón de la sacristía, D. Pablo—que tal era el nombre del cura—me llamó aparte para decirme:

—Rafael, tú debes conocer de vista á una señora

que suele venir á comulgar los días dedicados al Sagrado Corazón de Jesús.

Ansiosamente pregunté sin poder disimular mi impaciencia:

—¿Una señora que ha dejado de venir dos viernes seguidos?

—La misma, repuso D. Pablo sin extrañeza. Vas á ir á su casa, que está cerquita, en la misma calle de Cañizares. Le das esto de mi parte y que haga la bondad de decirte cómo están Patrocinio y Augusto. Ella se llama D.^a Aurora Jiménez.

Doscientas pesetas me dió en billetes del Banco, y casi corriendo salí de la sacristía. En la puerta me alcanzó la voz de D. Pablo que decía:

—No olvides que te aguardo.

Emoción semejante á la que embarga el ánimo al acudir á la primera cita amorosa, me invadía por completo al entrar en la casa. Tan atolondradamente subí al tercer piso, que al llegar al rellano iba sin respiración y tuve que detenerme para tomar aliento que me permitiera hablar.

Llamé. Una niña como de doce años vino á abrir; una niña primorosa, vestida de blanco, de melena arcangélica, rizada y rubia, ojos vivos y cara alegre, con esa alegría característica de la niñez sana. Pregunté por D.^a Aurora, y la niña, con seriedad propia de persona mayor, me hizo pasar á la sala no bien se enteró de que era un enviado de D. Pablo.

—Síntese. Mamá vendrá en seguida. Voy á avisarla.

No me extrañó que aquella mujer tuviera hijos. La maternidad es una perfección, y en D.^a Aurora no podía faltar perfección alguna. Tardó poco en presentarse. Se acercó á mí decidida y sonriente y me saludó como se saluda á los viejos amigos. Sobre su vestido negro traía un delantal blanco como el que usan las enfermeras. Me habló afablemente—con aquella voz dulce y suave que me era conocidísima

sin haberla oído—de D. Pablo, de su bondad incomparable, de su caridad sin fin. Yo la miraba y la escuchaba en éxtasis; hubiera querido permanecer escuchándola toda la vida. Me dió noticias de sus enfermitos; le habían proporcionado ratos horribos; temerosa y angustiada pasó largas noches en vela; pero ya estaban fuera de peligro.

Al hacer esta afirmación brillaba la alegría en sus ojos, en su cara, en sus movimientos, en toda su persona... Cumplido mi encargo, tuve que hacer un esfuerzo para arrancarme de aquella casa. D.^a Aurora me acompañó hasta la puerta, y descendí la escalera triste por no haber podido besar aquella frente immaculada, aquellas mejillas empalidecidas, aquellas manos de virgen bondadosa...

Un día, en virtud de un impulso inexplicable, le hablé á D. Pablo de aquel amor extraño que se me había metido corazón adentro.

—No me maravilla, hijo mío; á todos los que la conocen les sucede lo mismo. Aurora está dotada de la gracia divina. Es una mujer que no ha pecado nunca. ¡Te lo digo yo, que la conozco hace mucho tiempo y que soy su confesor!

Y me narró su historia.

A los veintidós años, Aurora estuvo á punto de ser feliz, la más feliz de las mujeres. Se había enamorado, con amor incomparable y único, de un hombre distinguido, elegante, rico é inteligente, y este hombre correspondía á su pasión y juraba y perjuraba no haber amado á nadie en la vida. Envidiaban sus amigas aquella suerte de Aurora de haber encontrado en su camino á ese hombre extraordinario que todas desean, porque es portador de la felicidad. Aquel novio era para todas como el príncipe encantador de los cuentos de hadas, y Aurora bendecía á Dios que tal suerte le había reservado.

Con ilusión incomparable, fué un domingo y otro, hasta tres, á la misa mayor para oír las amonestaciones: «Ricardo Jácome Acevedo, natural de Córdoba, hijo de José y de Felisa, quiere contraer matrimonio con Aurora Jiménez Grande...» y parecía la voz del que leía, una voz celestial que anunciase al mundo su ilusión presente y su dicha futura.

Probándose estaba su traje de boda, cinco días antes del designado para ésta, cuando entró una criada á anunciarle la visita de una mujer que iba con tres niños y manifestaba grandes deseos de verla. Se le había dicho que la señorita estaba muy ocupada, pero había insistido tanto...

—Hazla pasar á mi gabinete y dile que voy al momento.

Fué una conferencia larga y angustiante. Aurora, al entrar en su gabinete, se encontró con una mujer joven, muy guapa y modestamente vestida. Llevaba en brazos un niño robusto y hermoso como de un año, y á su lado, pegadas á su falda, cohibidas de encontrarse en lugar para ellas desconocido, dos niñas de tres y cuatro años, vestidas de blanco y con sus melenitas blondas y rizadas al aire.

Aquella mujer habló; se llamaba Patrocinio de Lucas y era hija de una honrada familia cordobesa. Ricardo Jácome la había seducido, haciéndole abandonar á sus padres. Dios, sin duda la castigaba por aquel abandono, por aquella locura inconcebible. En vano esperó á que Jácome cumpliera la promesa, mil veces repetida, de casarse con ella y de reconocer á aquellos angelitos, que ninguna culpa tenían; pero cuando más esperanzada estaba, supo por una verdadera casualidad los proyectos de matrimonio del hombre amado...

Implorante y humilde se arrodilló á los pies de Aurora. Se humillaba ante aquella niña que iba á condenarla sin saberlo á la más sombría y negra de las desesperaciones, al más pérfido de los abandonos, y Aurora, aunque vió desvanecerse en un punto todas sus ilusiones y sintió que algo se desgarraba

bunda á la pobre madre, en un estado de exaltación dolorosísima, medio loca. Hacía seis días que en un momento de horrible desesperación, viéndose abandonada y despreciada por Ricardo, había disparado contra éste dos tiros de revólver, matándole. Patrocinio había sido trasladada á la cárcel con su hijo, aquel precioso ángel que apenas si tenía un año. De las niñas no sabía. Acaso una vecina piadosa las amparaba.

Estaba enferma, muy enferma; sentía que iba á morir, y llamó á Aurora para encomendarle que cuando aquellos infelices hijos del pecado fuesen recogidos en un asilo, no dejara de visitarlos alguna vez, para hacerles saborear la dulce ilusión de que no se encontraban solos, de que no estaban completamente solos en el mundo.

—Bien sé que usted no tiene obligación alguna, que hasta pudiera odiarlos, porque, indirectamente, esos desventurados hijos de mi corazón han sido causa de sus desdichas presentes; pero usted es buena, buena como no es buena ninguna mujer. Usted ha tenido la virtud de saber ceder sin rabiosos celos; lejos de arrojarme de su casa me abrió sus brazos cuando fui á matar con una palabra las más sagradas ilusiones de su vida... Anhele que mis hijos, al quedarse solos en el mundo, tengan unos ojos caritativos que los miren, y moriré tranquila si esos ojos son los de usted.

Emocionada, dejándose arrastrar por ese impulso santo que lleva á las almas buenas al heroísmo, Aurora tuvo palabras suaves para la desdichada, promesas consoladoras y lágrimas ardientes.

Pocos días después, D. Pablo entró en casa de Aurora llevando de la mano dos niñas y acompañado de una nodriza que traía en brazos á un niño robusto, y alegre como un rayo de sol.

—Traigo á estos ángeles para que los vea usted, para que los conozca usted, hija mía. Van á entrar, las niñas en el Asilo del Sagrado Corazón de María y en la Casa de Maternidad el niño. Podrá usted verlos cuando quiera.

Aurora lloraba en silencio, y cuando el sacerdote acabó le dijo:

—¡Señor, es cruel, muy cruel encerrar á esos niños en un asilo! No niego que los asilos sean una de las obras más piadosas

de todos los tiempos; no dudo que estarán bien cuidados; pero tendría un gran remordimiento, un remordimiento que consumiría mi vida, abandonándolos cuando yo he sido causa de su orfandad. ¡Dios ha dispuesto que estos angelitos queden en mi casa y que yo les sirva de madre!

—Fué sublime aquello, hijo mío, acabó diciendo D. Pablo; fué la escena más sencilla, más santa y más conmovedora que he presenciado en mi larga vida.

Comprendí entonces, aunque sólo confusamente porque conocía pocas cosas del mundo, la santidad de aquella pobre mujer, y seguí amándola con ese amor desinteresado y noble con que amamos las cosas santas cuando estamos convencidos de su santidad.

Y hoy te recomiendo, amable lector: si encuentras á tu paso una mujer encanecida, que tiene un leve parecido con tu madre, con tus hermanas, con todas las personas que te son amadas, con todas las gentes buenas, con todas las gentes santas, ámala y reverénciala, seguro de que pasa por tu lado la esencia del justo.



Inspiración, cuadro de Pedro Sáenz

en lo más profundo de su corazón, tuvo palabras suaves de consuelo y de esperanza para aquella mujer sin ventura.

—Ignoraba esta triste historia, acabó diciendo, y le pido perdón por el daño que involuntariamente haya podido ocasionarle. Pondré en juego toda mi influencia para que Ricardo vuelva á usted, se case con usted y reconozca á sus hijos.

Acarició á los angelitos, besó sin odio y sin celos á aquella mujer que acababa de robarle la felicidad de toda su vida, y quedó sollozando, terriblemente desolada, como si le faltara tierra donde poner los pies.

Ricardo trató de negar; pero cuando se convenció de que su matrimonio con Aurora se había hecho imposible, se puso frenético contra aquella pobre madre que no había cometido contra él más delito que amarle con toda el alma y ser excesivamente crédula.

Aurora no supo nunca las escenas dolorosas que debieron preceder á la gran tragedia; encerrada en sus desventuras, sin cuidarse de otra cosa que de llorar las ilusiones perdidas, un día—no había transcurrido un mes del rompimiento con Ricardo—recibió la visita de D. Pablo. Por él supo que Patrocinio de Lucas se encontraba en la cárcel en peligro de muerte y que solicitaba verla. Fué y encontró mori-



La visita.—Canto y música.—Una beldad entre azucenas.—La comida en familia.—Dos amiguitas

ALTAR ERIGIDO EN LA NUEVA IGLESIA

DE LOS PP. DOMINICOS

Al igual de lo que acontecía en los pasados siglos, en que la piedad y el desprendimiento enriquecían nuestros templos por medio de obras artísticas religiosas que hoy son causa de admiración y estudio, la iniciativa particular y el fervor cristiano cumplen asimismo actualmente la hermosa y laudable misión de substituir la vulgar imaginería por medio de producciones ejecutadas por inteligentes artistas, que aportan su valioso concurso y coadyuvan á secundar el noble y desinteresado propósito de algunos piadosos donantes.

En tal caso hállase el hermoso altar que con plausible generosidad ha costeado una distinguida dama de esta ciudad, quien dando muestra de cultura y elevación de miras, ha confiado la interpretación de sus deseos al docto catedrático de la Escuela de Arquitectura Joaquín Bassegoda y á un escultor de tan reconocidos méritos como Manuel Fuxá.

Es el altar de mármol paródico, de estilo gótico, de sencillas y severas líneas, terminado en esbeltos pináculos, y parco en la ornamentación, avalorado con curiosos motivos, produciendo agradable efecto por su bien entendida disposición.

Cuanto á la estatua del Apostol de Asís, justo es consignar que el Sr. Fuxá ha sabido interpretar con singular acierto la simpática figura de San Francisco, de aquel modelo de abnegación y de caridad, de espíritu sencillo y puro, cuya imaginación no concibió más que el bien de sus semejantes. De ahí el grandísimo relieve que ofrece su figura y que su vida de cristiano sacrificio se haya citado siempre como ejemplar recuerdo y que todos los pueblos le hayan dedicado respetuosa memoria, inspirando á los más eminentes artistas sus más geniales obras. La estatua, de tamaño natural, tallada en madera y marfil, corresponde á la importancia de la obra, al buen nombre del artista y á los deseos de la piadosa dama, que á la par de dar evidente muestra de su fervor, ha procurado dotar á uno de los templos de esta ciudad de una obra de indiscutible valía.

NOTAS JAPONESAS

(Véase la lámina de la pág. 253.)

Durante siglos, los europeos se han creído con derecho á considerar á los japoneses como un pueblo salvaje ó poco menos, sin que bastaran á modificar el juicio formado sobre ellos su hermosa filosofía, sus costumbres corteses y su arte delicado. Pero lo que estos elementos de cultura no lograron, consiguieronlos sus triunfos militares sobre Rusia, dándose así el contrasentido de que no se estimara al Japón como nación verdaderamente civilizada hasta que demostró el alto nivel que había alcanzado en las artes destructoras de la guerra.

Pero esos triunfos militares que han asegurado nuestra estimación á los japoneses, esa imitación á

la vez feliz y desgraciada de los procedimientos europeos repercutirá sin duda en las costumbres y en el espíritu de ese pueblo dúctil, en donde todas las transformaciones son en extremo rápidas.

Los japoneses aceptan nuestra ciencia, nuestros sistemas de comercio y de industria, nuestros arma-

originales zapatos de madera. Cuando las japonesas hayan adoptado nuestras vestiduras que tan mal les sientan, conocerán las tiranías de la moda, que hasta ahora entre ellas no variaba, y echarán de menos sus encantadores *kimonos* apretados al talle por el cinturón de seda y la bella disposición de sus peinados.

Los japoneses difícilmente renunciarán á sus viviendas; esas ligeras construcciones, de paredes de papel puesto en marcos de bambú que se quitan y ponen á voluntad, son precisamente lo que se necesita en aquel país constantemente sacudido por terremotos. Una casa de esas destruída por un temblor de tierra, apenas significa una pérdida, porque su reconstrucción cuesta muy poco.

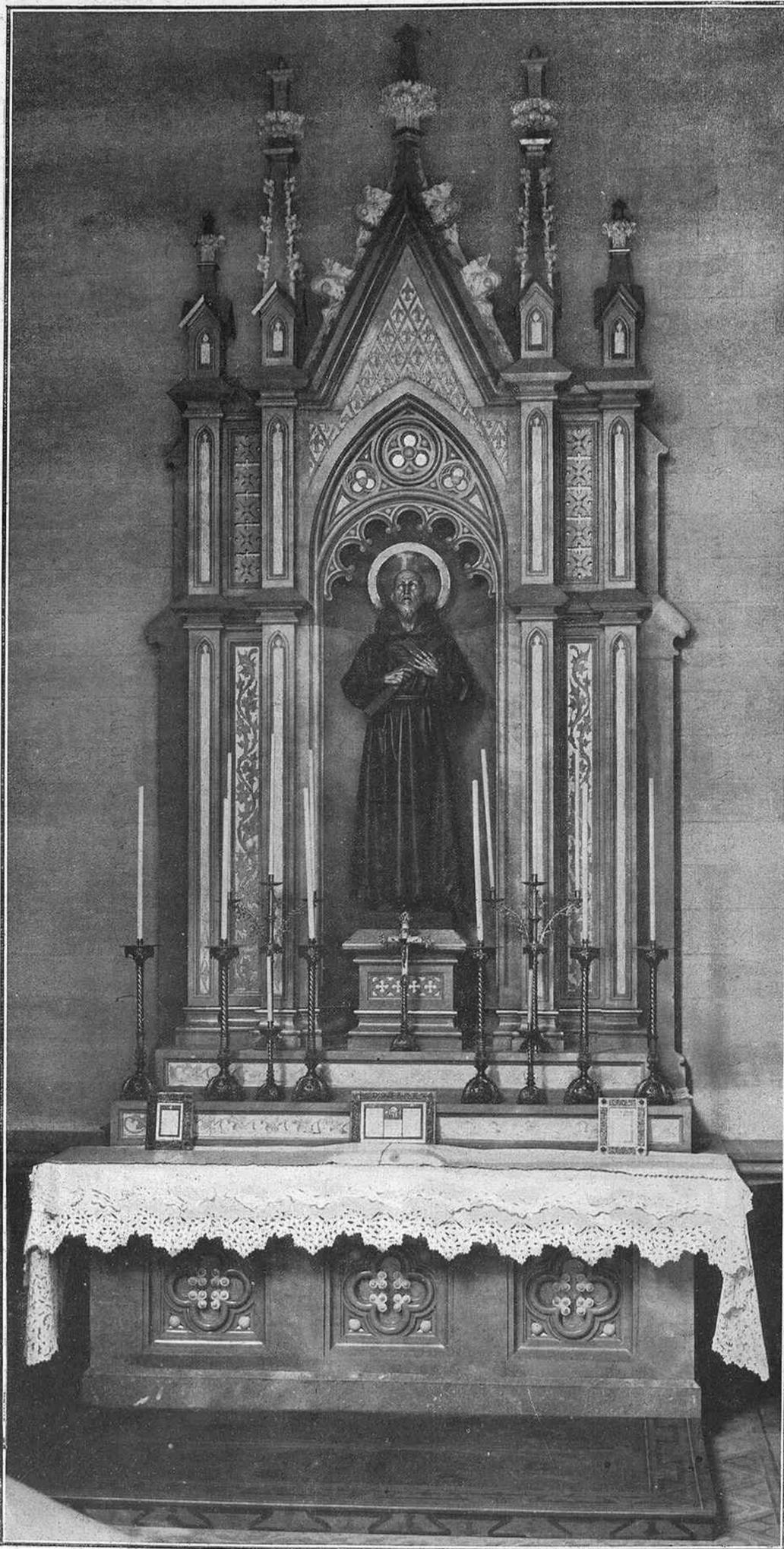
Otra tradición que tampoco abandonarán fácilmente los japoneses es la referente á su alimentación; esos hombres vigorosos, resistentes, valerosos, de admirable musculatura, no comen más que arroz, huevos, legumbres y un poco de pescado, absteniéndose por regla general de la carne. Gracias á este régimen se libran del artrismo, que tantas víctimas causa entre nosotros; en cambio padecen otras enfermedades que nosotros no tenemos, y según dicen los sabios, envejecen prematuramente y mueren más jóvenes. Pero bueno ó malo, su régimen les parece mejor que el nuestro, que, en su sentir, es repugnante. Asimismo se mantienen fieles á los dos palitos que hacen en ellos las veces de tenedor y cuchara y que manejan con habilidad suma.

También conservan su cortesía y su discreción, que han heredado de sus antepasados. Un japonés que se estime no cuenta sus penas á nadie, considerando, con razón, que un hombre no tiene el derecho de molestar á su prójimo ni de entristecerle con el relato de sus penas, que, en realidad, sólo interesan al que las sufre. En medio de sus mayores padecimientos físicos y morales, el japonés y la japonesa conservan en sus labios una serie de sonrisas, matizadas según las circunstancias de la conversación y la condición del interlocutor. Este hecho fué uno de los que más sorprendieron á los primeros europeos que visitaron el Japón. Un japonés gravemente insultado sonreíase amablemente hasta el momento en que, llegado al paroxismo de la indignación, tiraba de su sable para cortar la cabeza al insultador ó para abrirse á sí mismo el vientre.

Mas tal como es y aunque observa muchas de sus antiguas y delicadas costumbres, es evidente que el Japón se europeiza y que no se necesitarán seguramente muchos años para que, en un país tan rápido en sus transiciones, nada quede de sus hábitos tradicionales.

Apresurémonos, pues, á echar una última mirada á esos cuadros graciosos, que probablemente dentro de algunos años no serán más que un delicioso, pero melancólico recuerdo.

El Japón de las flores y de las sonrisas, de los jardincitos admirablemente cuidados y de los lindos *kakemonos*, el Japón de los caballerosos samurais y de las graciosas *musmés*, pronto habrá desaparecido cediendo el paso al Japón prosaico y práctico.—T.



Altar erigido en la nueva iglesia de los PP. Dominicos, obra del arquitecto Joaquín Bassegoda y del escultor Manuel Fuxá, costeado por D.^a Francisca de Asís Maignon

mentos, nuestros buques de guerra; pero hasta ahora se muestran irreductibles en cuatro cosas: en el amor á su antiguo traje, en su horror hacia nuestra arquitectura, en su apego á la alimentación vegetal é ictiofágica y en su pasión por la limpieza.

El japonés que, por exigencias de su negocio, consiente en vestirse á la europea, apenas vuelve á su país apresúrase á trocar el molesto terno por el holgado *kimono* bordado de crisantemos y de pájaros y á quitarse las torturadoras botas para calzarse sus

UN PRÍNCIPE INDIO

ACTUALMENTE EN CAMINO PARA EUROPA

El maharaya de Bharatpur, Estado del Rayputana puesto bajo el protectorado de Inglaterra, se halla actualmente en camino para Europa, adonde viene con objeto de reponer su salud delicada. Es un niño de nueve años, y á juzgar por el retrato adjunto, vivo é inteligente. Acompañante en su viaje el mayor Fisher, del Servicio Médico Indio, y la señora Southerland, dama de honor de su madre.

Pronto desembarcará en Marsella, y se propone permanecer dos meses en Francia, haciendo naturalmente una visita á París. Después se dirigirá á Inglaterra.

El retrato suyo que reproducimos ha sido hecho durante su reciente estancia en el Cairo.



El maharaya de Bharatpur, que actualmente se halla en camino para Europa. (De fotografía de Carlos Delius.)

LA NUEVA PINACOTECA VATICANA

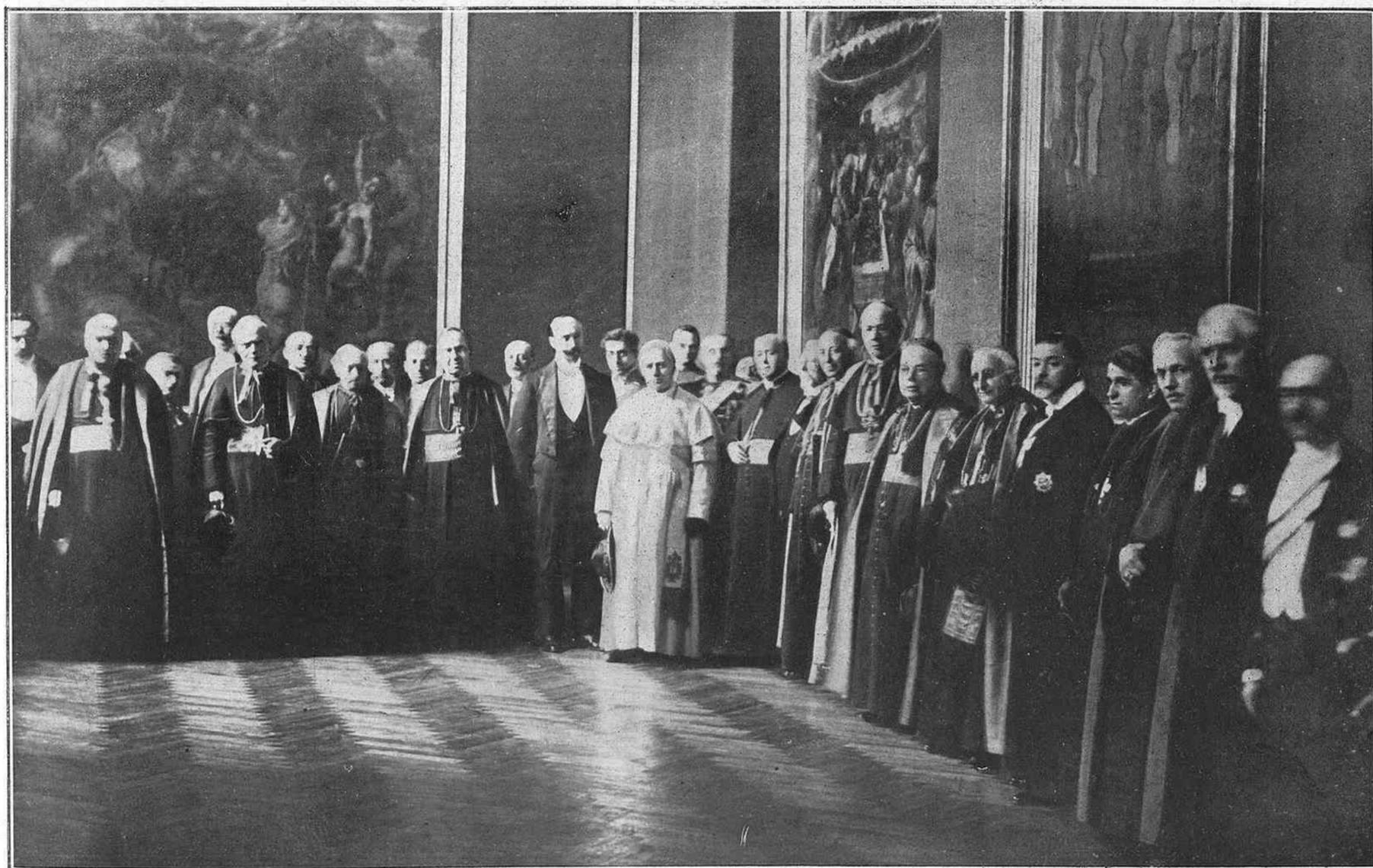
El domingo, día 28 del próximo pasado marzo, S. S. el papa Pío X, acompañado del colegio de cardenales, del cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede y de los altos dignatarios de la corte pontificia, inauguró solemnemente la nueva Pinacoteca Vaticana.

Hállase ésta instalada en la parte Oeste del palacio del Belvedere, y consta de ocho grandes salas, una de ellas destinada á vestíbulo, dotadas de excelente luz y de un perfecto sistema de calefacción. Para la formación de este museo de pinturas se han reunido los cuadros existentes en la antigua Pinacoteca, en la colección del palacio de Letrán, en la Biblioteca del Vaticano y en las habitaciones particulares del Sumo Pontífice, los cuales han sido debidamente clasificados, de manera que constituyen un hermoso comentario de la historia de la pintura italiana y permiten estudiar las fases por que pasaron las principales escuelas de Italia.

En la primera sala hay multitud de pequeñas tablas y trípticos de los trescentistas, entre ellos de Simón Martini, de Lorenzo Monaco, de Juan de Bonsi, de Margaritone de Arezzo y de Juan da Ponte; la segunda está reservada á los florentinos, como Fra Angélico, Benozzo Gozzoli, Fra Filippo Lippi y otros; en la tercera se admiran hermosas obras de las escuelas de la Marca, de la Umbría y de los Abruzzos, representadas por Gentile da Fabriano, Francisco Ghissi, Francisco di Gentile, el Pinturichio, el Perugino, Cola Filotesio y Antoniazio romano; llenan la cuarta casi exclusivamente lienzos de Rafael, entre ellos la maravillosa *Transfiguración* y la preciosa *Coronación de la Virgen*, al lado de los cuales se ven otras joyas firmadas por Santi, Perugino, Julio Romano y Penni; la quinta contiene algunas obras maestras de la escuela veneciana, como la *Virgen gloriosa* del Tiziano; en la sexta están representados diversos maestros del siglo XVI, entre los cuales descuellan el Dominiquino con su *Comunión de San Jerónimo* y Caravaggio con su *Sepelio de Cristo*; y la última comprende varias escuelas extranjeras, sobresaliendo en ella las pinturas de Murillo, Cranach, Lawrence, Poussin, etc.

La idea de la formación de la Pinacoteca Vaticana se debe al famoso y malogrado artista Seitz, quien admirablemente secundado por monseñor Misciatti y mediante la entusiasta aprobación del papa Pío X, comenzó á ponerla en práctica. Posteriormente el profesor D'Achiardi ha cuidado de la clasificación y colocación de los cuadros.

Los numerosos peregrinos y viajeros que sin cesar acuden á la Ciudad Eterna no podrán menos de alabar y agradecer esa obra de Pío X, que les permite admirar en las mejores condiciones tantas y tan inestimables joyas de las más diversas épocas de la gloriosa pintura italiana.—S.



Roma.—Inauguración de la nueva Pinacoteca del Vaticano.—S. S. el papa Pío X, acompañado de los cardenales, en la sala en donde está el famoso cuadro de Rafael «La Transfiguración»; á su lado, el profesor D'Achiardi, que ha organizado la Pinacoteca (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



EL JUEVES SANTO A LA PUERTA DEL SANTO SEPULCRO. — LA CEREMONIA DEL LAVATORIO ENTRE LOS CATÓLICOS GRIEGOS (ORTODOXOS)

CAMPEONATO DE FOOT-BALL DE ESPAÑA

LOS DOS EQUIPOS QUE HAN LUCHADO DEFINITIVAMENTE DESPUÉS DE LAS PRUEBAS ELIMINATORIAS. (Fotografías de Asenjo)



El equipo del Club Español de Madrid



El equipo San Sebastián Club, vencedor del campeonato

CAMPEONATO DE «FOOT-BALL» DE ESPAÑA

En el campo del Foot-ball Club de Madrid se ha jugado en los días 4, 5, 6 y 8 del corriente el campeonato de foot ball de España. El primer día contendieron los equipos de San Sebastián y del Athletic Club de Bilbao, habiendo sido la victoria para el primero que, jugando admirablemente, logró hacer cuatro goals por dos que hizo el segundo. Al día siguiente lucharon el equipo Español, formado por jugadores madrileños, y el de Barcelona; resultó vencedor el Español por tres goals contra dos. El tercer día la lucha fué entre el Club Poncevedra y el equipo de San Sebastián, venciendo éste por dos goals contra cero. El último día jugóse el partido definitivo entre el Español y el de San Sebastián, habiendo quedado triunfante el segundo, que ha ganado la copa del rey y ha sido, por consiguiente, proclamado campeón de España.

EL DOCTOR RICARDO GREEF

Sabido es que las enfermedades infectivas son producidas por organismos microscópicos que se multiplican rápidamente, y que para combatirlos con éxito lo primero que se necesita es conocer los microbios causantes de cada una y sus condiciones de vida. Los modernos progresos bacteriológicos han permitido descubrir muchos de ellos, como el de la tuberculosis y el del cólera, y como consecuencia estudiar la manera de combatirlos; pero hay otras enfermedades cuyos microbios no habían podido encontrarse hasta ahora, siendo una de ellas la llamada oftalmía de Egipto, que se halla extendida por todo el mundo, aunque no de un modo igual en todas partes, y que constituye, allí donde existe, una terrible plaga. Consiste esa enfermedad en una inflamación y supuración de la conjuntiva con granulaciones consiguientes y suele durar muchos años.

Aunque se denomina oftalmía de Egipto y se supone que fué importada en Europa por el ejército de Napoleón, ahora está demostrado que es una enfermedad autóctona en nuestro continente desde tiempos inmemoriales.

microbio de esa enfermedad, con lo que se tiene mucho adelantado para lograr la curación de la misma.

Ricardo Greef nació en 1862; estudió en Marburgo, Leipzig y Berlín, y fué, en esta última capital, ayudante del profesor Schweigzer. A consecuencia de sus descubrimientos relativos á los nervios de los ojos, que realizó en el Instituto Senckenberg, de Francfort del Mein, fué nombrado privatdozent de Oftalmología de la Universidad berlinesa. En 1897 entró de profesor y director de la clínica de enfermedades de los ojos de la Charité.

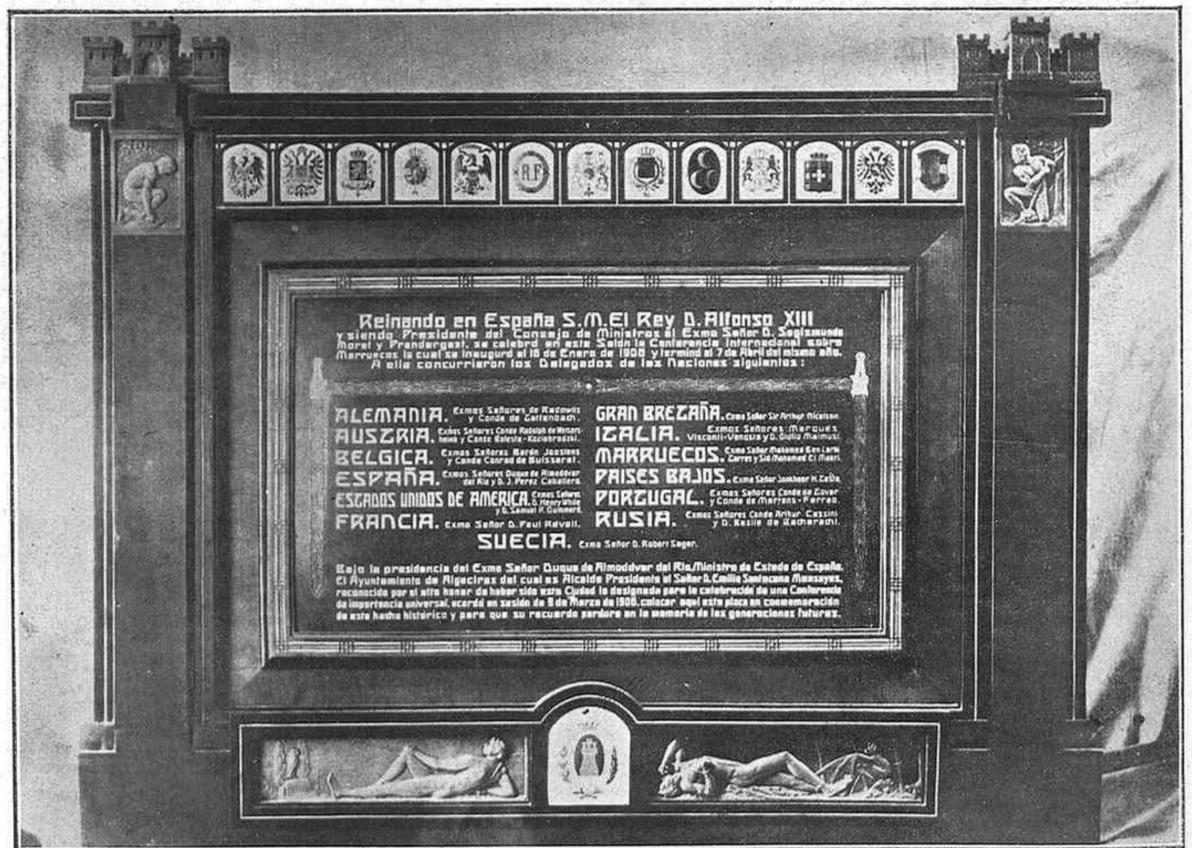
PLACA CONMEMORATIVA DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

En el salón del Ayuntamiento de Algeciras, en donde se celebró la conferencia internacional de este nombre, ha sido colocada la placa que adjunta reproducimos, destinada á con-

lencios Sres. Marqués Visconti-Venosta y D. Giulio Mal-musi. Marruecos. Excmo. Sr. Mohamed Ben Garbi Torres y Sid Mohamed El Mokri. Países Bajos. Excmo. Sr. Jonkheer Testa. Portugal. Excmos Sres. Conde de Tovar y Conde de Mariens-Ferrao. Rusia. Excmos. Sres. Conde Arthur Cassini y D. Basile de Bacheracht. Suecia. Excmo. Sr. D. Robert Sager.

»Bajo la presidencia del Excmo. Señor Duque de Almodó-var del Río, Ministro de Estado de España.
»El Ayuntamiento de Algeciras, del cual es Alcalde Presi-dente el Señor D. Emilio Santacana Mansayas, reconocido por el alto honor de haber sido esta Ciudad la designada para la celebración de una Conferencia de importancia universal, acordó en sesión de 9 de marzo de 1906 colocar aquí esta pla-ca en conmemoración de este hecho histórico y para que su recuerdo perdure en la memoria de las generaciones futuras.»

La placa va encerrada en un artístico marco adornado con los escudos de las trece naciones que tomaron parte en la Conferencia, colocados por el mismo orden en que las hemos enumerado, y con algunos relieves y ornamentos alegóricos.



Placa conmemorativa de la Conferencia de Algeciras que ha de colocarse en el salón en donde se celebraron las sesiones. (De fotografía de Carlos Delius.)



El profesor Ricardo Greef, que ha descubierto la causa de la oftalmía de Egipto (De fotografía.)

El profesor Greef, director de la clínica de enfermedades de los ojos de la Charité, de la Universidad de Berlín, ha conseguido recientemente, después de largos trabajos, descubrir el

memorar aquel suceso histórico tan importante. La inscripción dice así:

«Reinando en España S. M. el rey D. Alfonso XIII y siendo Presidente del Consejo de Ministros el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, se celebró en este Salón la Conferencia Internacional sobre Marruecos, la cual se inauguró el día 16 de Enero de 1906 y terminó el 7 de Abril del mismo año. A ella concurren los delegados de las naciones siguientes:

»Alemania. Excmos. Sres. de Radowitz y Conde de Tattenbach. Austria. Excmos. Sres. Conde de Welsersheimb y Conde Bolesta Koziobrodzki. Bélgica. Excmos. Sres. Barón Joostens y Conde Conrad de Buisseret. España. Excmos. señores duque de Almodóvar del Río y D. J. Pérez Caballero. Estados Unidos de América. Excmos. Sres. D. Henry White y D. Samuel R. Gummere. Francia. Excmo. Sr. D. Paul Revoil. Gran Bretaña. Excmo. Sr. Sir Arthur Nicolson. Italia. Exce-

Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Connais-toi*, comedia en tres actos de Pablo Hervieu; en la Renaissance *Le scandale*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille; en el Vaudeville *La meilleure des femmes*, comedia en tres actos de Pablo Bihaud y Mauricio Hennesquin; en el Athénée *Le greuchon*, comedia en cuatro actos de Mauricio Sergine; en el teatro Michel *La secousse*, de Pablo Frank, y *Pommes et Poirewschi*, opereta en un acto de Mauricio de Feraudy, música de Félix Puget; en el teatro lírico de la Gaité *Magelone*, drama lírico en un acto, poema de Miguel Carré, música de Edmundo Missa; en l'Oeuvre *Le roi Bombance*, tragedia satírica en cuatro actos de M. Marinetti; en el teatro Rejane *L'imperatrice*, drama en tres actos y seis cuadros de Cátulo Mendes; y en el teatro des Ecoliers *L'etau*, comedia en tres actos de Andrés Sardou.

una
ñar
ten
A
ma
ne
ne
bla
tes
ñor
á n
I
«
sig
ser
—
cele
par
duc

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—¡Aquí está!.. ¡ese!.. ¡el ladrón!.. ¡Le reconozco muy bien!..

Junto al cobrador había un hijo suyo, niño de unos siete años, por quien se había hecho acompañar aquel día al objeto de pasearlo, puesto que sólo tenía aquella diligencia que evacuar.

Al pasar, Luciano vió todo aquello, y su espíritu, maduro para el mal, pensó en seguida:

«En esa cartera hay seguramente más de lo que necesito...»

Pero pasó, con una mirada de criminal codicia, y subió al piso indicado.

«No sería fácil—pensaba.—Es como si estuviese solo, puesto que no hay más que ese niño, pero tiene sólidamente su cartera apoyándose en ella.»

En el primer piso, manifestó su necesidad de hablar con uno de los administradores, pero se le contestó que no era la hora de las visitas. Aquellos señores preparaban sus órdenes de bolsa y no recibían á nadie. Había que volver por la tarde, ó escribir.

Luciano se retiró.

El único medio de salvación se le escapaba.

«Ese caballero quizá no me hubiese escuchado siquiera—pensaba.—No, no hay nada que hacer...»

Entonces la idea del robo entrevisto volvió á presentarse á su espíritu.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

«¡Eso sí que me salvaría!..»—pensó el miserable. ¿Qué hacía falta? Desviar un instante la atención del cobrador, á fin de que soltase, aunque no fuese más que un segundo, su cartera.

«A dos—combinaba él—la cosa sería muy fácil; mientras uno le hablase, el otro daría el golpe.»

Antes de cruzar de nuevo aquel pasillo, el marido de Juana miró.

Nada había cambiado. El cobrador se encontraba en el mismo sitio.

El niño, algo apartado ahora de su padre, en busca de distracción, se había acercado al patio cubierto para ver el movimiento de la gente.

Era una circunstancia aún más favorable.

¿Pero cómo hacer que el cobrador soltase un momento su cartera?

El miserable tuvo una súbita inspiración, una combinación que le pareció ingeniosa.

Sacó de su cartera el billete de cincuenta francos que le quedaba, y ocultándolo en su pañuelo, se acercó á la ventanilla.

Leyó en la chapa de latón que el cobrador ostentaba en el pecho: *Lavisart, Fleuret y C.^a, banqueros*.

—Usted dispense, dijo, ¿adónde hay que dirigirse para las órdenes de bolsa?

—En el *hall* se lo dirán á usted, contestó el empleado, á quien molestó que le distrajesen de sus cálculos.

—Gracias.

Hablando, Luciano había dejado caer el billete de Banco á los pies del cobrador.

En el momento de alejarse miró al suelo, como si al pisar algún objeto hubiese llamado su atención.

—Hombre, dijo al empleado de los banqueros del bulevar de San Germán, si deja usted caer así sus billetes de Banco, no le va á salir la cuenta.

El cobrador miró al suelo, en la dirección indicada.

—Muchas gracias, caballero, dijo al ver el billete.

Y se agachó para recogerlo.

Con una habilidad y una rapidez maravillosas Luciano se apoderó de la cartera y la ocultó debajo de su gabán, desabrochado adrede.

Al mismo tiempo desapareció, perdiéndose en medio del gentío, más numeroso que antes, que llenaba el patio cubierto, y por el camino más corto salió á la calle.

—¡Cincuenta francos!.., dijo el cobrador. Iba á ganar buen jornal... Debió caerme hace un rato, al sacar mis pagarés.

De pronto quedó lleno de asombro, estupefacto.

—¡Calla!.. ¿Y mi cartera?..

Miró al suelo, en torno de él.

—No, la hubiera oído caer, pensó. ¡Ah, esta sí que es buena!..

—¿Qué tiene usted, Marcial?, le preguntó el empleado.

—¡Hombre, mi cartera!.. La tenía aquí, debajo del brazo... ahora mismo... Aún me parece sentirla... No ha venido nadie, á excepción de ese caballero que me hizo notar que se me había caído este billete... ¿Es usted quien me ha hecho esta broma en el momento de agacharme?, preguntó Landry.

—¡Vamos, hombre!.. ¿Quiere usted callar?.. Tales bromas no se hacen.

—Tiene usted razón. Entonces no comprendo...

—Pues no hay duda, ha sido ese caballero, dijo el empleado.

—¿Usted cree?.. Efectivamente, no puede haber sido nadie más que él, pues repito que hace un instante mi cartera estaba aquí.

—El billete de Banco en el suelo era una combinación premeditada. Seguramente.

—Pues ha sido obra de un momento...

—Apuesto á que es un *pick pocket* inglés.

—¡Dios mío, estoy perdido!..

El padre de Rosita corrió hacia el patio cubierto.

—¿Has visto al caballero que acaba de pasar?, preguntó á su hijo.

—¡Oh, sí, le he visto!, contestó Víctor. Se fué por allí...

Al decir esto, indicaba el centro del patio.

Marcial Landry preguntó á los empleados del Banco que allí se encontraban. Refirió el robo hábil y audaz de que acababa de ser víctima.

Dió aproximadamente las señas del ladrón, que el niño completó.

Al pequeño Víctor le había llamado la atención la marcha precipitada de aquel hombre, á quien había visto muy bien.

—¡Oh, yo le reconocería fácilmente!, dijo el niño con los ojos brillantes de inteligencia. Sobre todo reconocería sus ojos, porque al pasar me miró de una manera muy extraña.

Se había aglomerado mucha gente en torno del cobrador y de su hijo.

Le preguntaban qué cantidad llevaba en la cartera.

Le censuraban que no la hubiese llevado atada á la cintura con una cadena, como los cobradores del Banco de Francia.

Le aconsejaban lo que debía hacer.

Lo más sencillo consistía en ir á exponer el hecho al comisario de policía. También era lo más urgente, porque así expedirían agentes del cuerpo de Seguridad en todas direcciones, y al mismo tiempo había que hacer oposición respecto á los valores, é indicar la composición de las sumas en billetes, si era posible.

Uno de los agentes de la policía de Seguridad, de servicio en las inmediaciones del establecimiento, se acercó al grupo, se enteró del robo que acababa de cometerse y acompañó á Landry y su hijo á la comisaría del barrio.

El cobrador de la casa de banca del Mercado de vinos repitió en presencia del magistrado la relación del robo, tal como suponía que se había verificado.

Contestó á todas las preguntas necesarias para el parte que se tenía que dar á la Prefectura de policía y al juzgado, y dió las señas del individuo, apoyado por el pequeño Víctor, que había visto al ladrón mejor que su padre.

El comisario tomó la nomenclatura de los valores y de las sumas contenidas en la cartera, que Landry pudo darle fácilmente consultando las notas de su *carnet* , y trató de calmar su desesperación prometiéndole que el cuerpo de Seguridad iba á practicar inmediatamente las investigaciones más activas.

El desgraciado cobrador no se atrevía á volver á casa de sus amos.

Fué directamente á su casa, donde tenía que acompañar á su hijo al ir á almorzar.

Refirió el robo á su mujer y á Rosita.

El pobre diablo estaba desesperado.

Consideraba su situación perdida, pues estaba seguro de que los banqueros lo iban á despedir.

Su esposa, aunque muy desolada, procuró infundirle algún valor, y le dijo que ella misma iba á ver al Sr. Laroche, que tan bueno había sido para ellos, y que seguramente intervendría en su favor cerca de sus amos para que no le despidiesen.

Fueron juntos, con el pequeño Víctor, que había visto bien al ladrón.

Dejaron la casa al cuidado de Rosita.

Laroche sintió profundamente la desgracia ocurrida á aquel hombre á quien tenía en mucha estima desde que había tenido ocasión de conocerle, y quiso ir en persona con Marcial á casa de los banqueros, en tanto que la esposa de Landry se volvería á la suya con el pequeño Víctor.

En el Banco del Mercado de vinos tenían ya conocimiento del robo.

Un individuo del cuerpo de Seguridad, el que se había encontrado en el Crédito Lyonés, estaba allí y refería los hechos al Sr. Lavisart.

Lo primero que se le había ocurrido había sido ir á pedir informes sobre el cobrador. El agente era receloso por profesión y por hábito, y no hubiera sido la primera vez que un empleado bribón hubiese simulado un robo ó ser víctima de él para apoderarse de una cantidad importante y extraviar á la justicia sobre una pista falsa.

El Sr. Laroche protestó enérgicamente y respondió de la probidad de Landry, profundamente humillado é indignado contra aquella sospecha.

—Está bien, dijo el agente de policía. Vamos á dar otro rumbo á nuestras investigaciones.

Y los banqueros, á pesar de una severa censura, mantuvieron al cobrador en su cargo.

XII

EL PEQUEÑO LANDRY

Una vez fuera del Crédito Lyonés, Luciano se metió en el primer *fiacre* libre, en medio de la barandilla de carruajes, en las inmediaciones del gran establecimiento de crédito.

—¡A la estación de Orleans!, dijo.

El miserable no tenía intención de huir. Su desaparición, alocando á Juana, que acudiría á todas partes para averiguar su paradero, no podía hacer más que perderle, designándolo como culpable.

Quería despistar las investigaciones, en caso de que aquel cochero dijese, al ser conocido el robo, que á la hora en que éste se cometió condujo él en su coche á un hombre cuyas señas podría dar.

Por este motivo, Luciano de Favreuse no se hizo conducir directamente á su casa, ni siquiera á su barrio.

Si aquel cochero sospechaba después algo y hablaba, no podría decir sino que su viajero se había hecho conducir á la estación de Orleans.

«De allí se va lejos—se dijo el marido de Juana, —y buscarán en provincias.»

Acababa de trazar su plan con maravillosa lucidez, con una seguridad de juicio y una libertad de espíritu absolutamente completas, como un hombre que, sin perder la cabeza, sin atolondrarse, muy dueño de sí mismo, se encuentra, en el momento del peligro, en posesión de todas sus facultades.

Pensaba partir, y partir lo más pronto posible, pero con las precauciones necesarias para no despertar sospecha alguna que pudiese designarle como autor del robo.

¿En qué consistía este robo? Luciano estaba impaciente por conocer su importancia.

¿Qué suma contenía aquella cartera que su brazo sujetaba estrechamente bajo su gabán?

Seguramente encontraría billetes de Banco, con los cuales podría obrar.

Los cobradores no pueden tomar nota de los números de los billetes que pasan por sus manos, en los múltiples cobros y pagos que verifican en un día.

«Si, por casualidad, alguna casa meticulosa—se dijo pensando en todo—ha anotado los números de los billetes entregados por ella á ese hombre, todo se reduce á tomar algunas precauciones al cambiar.»

Cuando el coche se detuvo delante de la estación de la plaza Walhubert, el marido de Juana se apeó prontamente, pagó al cochero con una moneda de dos francos previamente preparada y desapareció por la sala de espera.

Dirigióse á la taquilla y pidió un billete de primera clase para Auteuil.

Iba á tomar el tren de circunvalación para regresar á su casa.

Durante aquel trayecto, sin duda podría ir solo en su departamento y examinaría cómodamente el contenido de la cartera.

Es lo que hizo, después de haber cambiado de tren en la estación de Orleans Cintura.

La cartera contenía sesenta y tres mil francos en obligaciones de la Villa de París y del Credit-Foncier; los títulos eran nominales.

Había además, en otra división, treinta y tres mil setecientos cincuenta francos en billetes de Banco de diversos valores, y por separado, cierto número de efectos comerciales que el cobrador tenía que presentar á la aceptación ó al cobro aquel mismo día.

«¡Una fortuna!..—se dijo el miserable.—¡Qué buena inspiración tuve!..»

Pero Luciano se hallaba demasiado en posesión de toda su sangre fría para perder el tiempo en embriagarse contemplando aquel dinero que era su salvación. Tenía que tomar las precauciones más minuciosas para no comprometer su libertad.

«¿Quién iba á sospechar de mí, después de todo?—pensó después de haber cerrado la cartera, que sujetó debajo de su chaleco.—Nadie me conoce. El único que me vió fué el cobrador, y ya no me volverá á ver. ¿Cómo pueden encaminarse hacia mí las investigaciones de la policía?.. Por lo demás, mañana verá lo que sobre el particular dirán los periódicos.»

Sin embargo, pensaba en desaparecer, en salir de París sin despertar sospechas, sin llamar la atención con una marcha que pareciese una huida.

«Esto no sorprenderá á ninguno de mis conocidos—reflexionó.—Al contrario, en mi situación apurada, ya sospechada en el barrio á causa del retraso en el pago del alquiler de mi casa y á causa también de haber tenido que tomar al fiado nuestros comestibles, ello parecerá muy natural.»

El marido de Juana pensó entonces dónde podría refugiarse.

No quería ir lejos de París, á fin de poder volver fácilmente por las noches, porque se sentía más poseído que nunca del demonio del juego y esperaba desquitarse ahora que tenía á su disposición un capital suficiente para probar fortuna.

«En la línea de Versalles—pensó él—encontraré fácilmente una casita aislada, en un sitio donde nadie me conocerá. Pero habrá necesidad de desprendernos de Paulina, porque las mujeres hablan demasiado. Será fácil bajo el pretexto verosímil de las economías. Hay también esta cartera y estas obligaciones—pensó el miserable.—Es preciso que me desembarace de ellas cuanto antes. Más adelante encontraré alguna combinación para no perder lo que estos valores representan. Por el momento, no sería prudente intentar hacer uso de ellos, porque los números deben haber sido anotados y los títulos serán sin duda objeto de oposición. Sólo los imbéciles se dejan coger de ese modo... Además, ¿no tengo ya bastante con el resto?.. ¡Treinta mil y pico de francos!.. Con esto puedo ganar millones, sobre todo ahora que no jugaré con mi dinero...»

El tren, después de haber pasado las estaciones de la línea de circunvalación, paró en la de Auteuil.

El marido de Juana salió de la estación confundido en medio de una veintena de viajeros y se dirigió rápidamente á su domicilio, no sin mirar á cuantas personas encontraba, precaución muy inútil, porque aún nadie podía sospechar de él. Landry y su hijo, únicos que le habían visto, no le conocían y no podían designarle sino por señas necesariamente vagas.

Como Luciano entró en su casa abriendo él mismo la puerta con su llavín, procurando además hacer el menor ruido posible, Juana no le oyó entrar y él pudo ir á su cuarto sin ser visto.

Cogió una maletita que se hallaba sobre la tabla de una percha, retiró de la cartera robada al cobrador un pequeño fajo de billetes de Banco que se metió en el bolsillo, encerró la cartera en la maleta y se guardó la llave.

Entonces se volvió á la antesala, como si acabase de entrar, y penetró en el comedor, donde estaba la mesa puesta.

Al oírlo, Juana, que ayudaba á Paulina en los últimos preparativos del almuerzo, corrió á abrazarlo.

—¿Has conseguido algo?.. ¿Has encontrado algo?, preguntó ella en seguida.

—No... nada, contestó él. No he encontrado ninguna de las personas que buscaba. ¿Qué quieres? ¡Estoy de malas!

—No hay que desanimarse.

—He tenido, sin embargo, la suerte de hacerme prestar algún dinero por un amigo, añadió el ladrón, poca cosa, unos cuantos centenares de francos que he prometido devolver poco á poco; porque hay que salir del paso, como decíamos ayer.

—¡Sí, dijo Juana, y yo te sostendré, sin debilidad, sin desaliento!.. ¡Seré fuerte, sea cual fuere lo que tenga que hacerse!

—Luego hablaremos de eso.

El desayuno fué casi silencioso, porque Luciano no quería hablar mientras pudiese oírlo Paulina, y la puerta de la cocina, contigua al comedor, permanecía entreabierta.

Después, mientras la criada desembarazaba la mesa, pasó al saloncito, adonde le siguió Juana, y casi en voz baja, sentado al lado de su mujer, empezó:

—He reflexionado sobre nuestra situación, y es preciso que tomemos una resolución enérgica... hasta penosa.

—¡No importa!.., dijo Juana. ¿Qué hay que hacer?

—Es preciso que partamos de aquí cuanto antes. Tenemos demasiadas deudas y no podría pagarlas en este momento. Tendría disgustos que me turbarían, que me impedirían trabajar y salir del paso,

porque los acreedores, que saben que tu padre es rico, no admitirán dilatorias.

—Les pediremos plazos... Yo les veré, si quieres. Precisamente porque conocen la fortuna de mi padre, consentirán en esperar... ¿Qué debemos? El trimestre de alquiler, según dijiste..., y las cuentas de los comestibles.

—Hay otras deudas que ignoras, dijo Luciano. Ya te explicaré eso. ¡Por lo pronto, no hay más que hacer sino lo que te digo!

Juana se sometió.

—Lo más sensible para ti, mi pobre Juana, repuso hipócritamente el miserable, es que tendrás que privarte de Paulina... Tendrás que disminuir nuestros gastos, y no es sólo el sueldo, sino que la vida es más cara con una criada.

—¡Pobre muchacha!.. ¡Nos quiere tanto... y nos es tan fiel!..

—Lo sé, pero ¿qué le hemos de hacer?.. Ella lo comprenderá, yo me encargo de decírselo.

—Al partir, objetó Juana, será preciso que pagemos el alquiler para que nos dejen sacar los muebles...

—No puedo, contestó Luciano. Si empleo el poco dinero que tengo en pagar lo que debemos, no me quedará nada.

—¿Entonces?..

—Déjame hacer, yo me encargo de todo... Abandonaremos nuestro mobiliario..., ni más ni menos... Tomaremos una casa amueblada, y más tarde, cuando podamos, volveremos a comprarlo todo.

Esta resolución era muy dolorosa para la hija de Laroche, no sólo á causa de la pérdida de los muebles, sino que también su recta conciencia reprobaba el dejar aquellas deudas sin satisfacer.

Sin embargo, no tuvo la fuerza de protestar. El tono de su marido era tan impetuoso, que ella no se atrevió á contradecirlo.

Además, tenía confianza en él... Si él obraba así era porque no podía hacer otra cosa.

Con el dinero robado, Luciano de Favreuse hubiera podido pagar todas las deudas contraídas en el barrio, incluso el alquiler de la casa, y llevarse sus muebles, sin dejar tras sí ninguna reclamación. Pero le había parecido más prudente obrar conforme había resuelto.

Aquellos pagos hechos de pronto, cuando el día antes se encontraba casi sin recursos, hubieran podido parecer sospechosos, y si la gente se ocupaba de él, se hubiera sabido que se había encontrado con dinero después del robo del Crédito Lyonés, cuando antes no tenía.

Por consiguiente, según sus cálculos, era preciso no pagar, á fin de probar que su situación no había cambiado.

Aquella mudanza, operada de pronto, sin que nada la hubiese hecho prever veinticuatro horas antes, hubiera seguramente dado que hablar á las gentes, que tratarían de explicársela.

Su partida, con el sacrificio de su mobiliario, que venía á ser la garantía de los trimestres de alquiler debidos á la casera, no tendría nada de sospechoso.

Además, el transporte mismo del mobiliario hubiera podido servir de indicio, revelar su nuevo domicilio, que el ladrón, previéndolo todo, quería ocultar cuidadosamente.

Ni la misma Paulina sabría su paradero.

Actualmente él no sabía á punto fijo dónde se ocultaría; sólo había resuelto ir á un sitio cualquiera de la línea de Versalles, á fin de vivir cerca de París. Pero cualquiera que fuese el punto de su nueva residencia, el marido de Juana sabría arreglárselas para no ser descubierto.

Sin más tardar lo dispuso todo, preparando dos cartas, una para Paulina y la otra para la dueña de la casa.

Explicó á la antigua camarera de Juana que, habiéndolo perdido todo, se veían obligados de prescindir de sus servicios por economía. Le decía que iban á provincias, donde la vida sería menos cara y donde esperaban salir más fácilmente del paso.

A esta carta añadió un billete de cien francos, cantidad que representaba, con una ligera indemnización, los dos meses de paga que se le debían.

En la segunda carta, Luciano expuso á la casera que considerables pérdidas de dinero le ponían en la imposibilidad de pagarla, y que la autorizaba á vender el mobiliario para cobrarla, sin perjuicio de emplear el sobrante, si lo había, en el pago de lo que reclamasen los acreedores.

Terminadas estas dos cartas, escribió otra, muy breve, al director del Crédito Lyonés, suplicándole entregase en abono de su cuenta corriente los cuatro mil francos adjuntos; metió cuatro billetes de Banco en el sobre, y después de poner la dirección, envió á Paulina á expedirla, certificada, en la administra-

ción principal de Correos, sita en la calle de Juan Jacobo Rousseau.

De esta manera se desembarazaba por un par de horas de la antigua camarera de Juana y aseguraba el pago del cheque, que probablemente no sería presentado hasta el día siguiente.

Tan pronto como la criada hubo salido, Luciano anunció á su mujer que iban á partir en seguida.

Mientras Juana se vestía, obedeciendo pasivamente á pesar de su desolación, preparó él mismo el único baúl que iba á constituir su equipaje con la maletita, y en él metió rápidamente toda la ropa.

Se desembarazó de la cartera robada y de los efectos comerciales, que no podían serle de ninguna utilidad, tirándolo todo al excusado de la casa, y envolvió en un periódico los títulos y los fajos de billetes de Banco, que ocultó cuidadosamente en la maleta, entre su ropa blanca.

Luego fué en busca de un coche; anunció á la portera que se ausentaba por ocho días con su mujer y se hizo conducir á la estación de San Lázaro.

Esta última indicación era también propia para despistar las investigaciones. Porque después de haber echado sus dos cartas al correo, Luciano hizo facturar su equipaje para la estación de Oeste Cintura, perteneciente á las dos líneas de circunvalación y de Montparnasse á Versailles.

Allí, después de haber cambiado de tren, tomó nuevos billetes para Meudon.

Ahora el miserable se sentía en seguridad, y durante el corto trayecto expuso á poca diferencia sus intenciones á Juana, que parecía aturdida en medio de aquel trastorno completo de su existencia, pero que se consolaba, sin embargo, á la idea de que su marido no la abandonaría en lo sucesivo.

—En Meudon, le explicó, encontraremos fácilmente alojamiento. Hay una infinidad de casitas amuebladas que generalmente no se alquilan más que en verano y que, en la estación actual, están siempre vacantes. Sobrarán para escoger. De modo que es como si continuásemos viviendo en París. ¡Estaremos tan cerca! A veinte minutos escasos de tren; menos de lo que se emplea en ómnibus para ir de los barrios extremos al centro.

Dejaron el equipaje en la estación de Meudon, y Luciano, que conocía bien las inmediaciones de París, se dirigió en seguida con su desdichada esposa hacia el Bajo Meudon, pasando por el caminito de la estación del ferrocarril.

Pasaron por delante de numerosas quintas y casitas de recreo, con sus ventanas cerradas y provistas de letreros anunciando que estaban para alquilar, é indicando una agencia que daba razón. Pero ninguna de ellas satisfacía á Luciano, que se alejaba de las vías demasiado concurridas, á lo largo de las cuales se alineaban, casi tocándose, todas aquellas casas y sus jardincitos.

Él buscaba una casa aislada, y como por aquella parte no encontró ninguna que le conviniera, se dirigió hacia la colina en que se apoya el viaducto del ferrocarril, la hizo trepar á Juana, y entonces encontró fácilmente una casita absolutamente sola, precedida de un jardincito cerrado con una simple empalizada, cuya puerta daba á un estrecho sendero.

De allí, la vista era admirable, abarcando por una parte Meudon, el Val Fleury y Clamart con la sombría cortina de verdura del bosque, y por otra parte el Sena desde el puente de Sevres hasta el soberbio viaducto de Auteuil, detrás del cual se extiende el espléndido panorama de París.

Una mujer, que cubría de hojas un pequeño plantel de fresas en el jardín, á fin de preservarlas de la helada, les hizo visitar la casa, de la cual se declaró dueña.

Todo era sumamente sencillo; el mobiliario, antiguo y reducido á la más simple expresión. Pero todo era muy limpio.

—Vivimos en París, alegó el marido de Juana, y traigo á mi mujer aquí á fin de que pueda salir de su cuidado cerca de un doctor amigo mío que vive en estas inmediaciones.

La casera, por rara excepción, no era curiosa.

La buena mujer consideraba como una ganga el alquilar la casa, y sobre todo el recibir desde luego doscientos francos, que representaban seis meses de alquiler. Alegróse además á la idea de que, el verano siguiente, no tendría que cuidarse de buscar inquilino, porque el joven matrimonio hablaba de su intención de quedarse en el campo, al aire libre y sano, con la criatura, que su madre se proponía criar.

Ella misma se encargó de ir con su carretilla á la estación en busca del equipaje, á cuyo efecto Luciano le entregó el talón del ferrocarril.

Entonces, durante la ausencia de la mujer, Favreuse examinó los contornos.

La casa estaba aislada de toda otra habitación, y por aquel sendero debía pasar muy poca gente, alguna pareja amorosa buscando la soledad en las tardes de verano.

Detrás de la casa se alzaba otra que se apoyaba en ella. Era á poca diferencia de la misma altura, pero más vasta y extrañamente construida, como si hubiese sido edificada en períodos sucesivos.

Pero no tenía ninguna ventana que mirase hacia la casa alquilada por Luciano; todas sus aberturas daban al camino á cuyo borde se hallaba situada.

Luciano la había visto al pasar. Era un modesto establecimiento, un ventorrillo, con un pequeño mostrador de cinc, glorietas á cada lado del terreno que lo precedía y una entrada coronada por un molineto de madera que el viento agitaba, por una bandera que justificaba su muestra: *Au Petit Drapeau*, y por un letrero sobre tabla anunciando que se admitía á los parroquianos con su comida, contentándose el establecimiento con servirles la bebida.

En la presente estación, el ventorrillo estaba cerrado. Los dueños, que vivían en Clamart, únicamente lo abrían los domingos, en que caía algún cliente.

Aquella iba, pues, á ser la soledad más completa.

Juana, en su estado, no saldría mucho de casa, y Luciano no contaba dejarse ver mucho durante el día. Sólo iría á París al atardecer y regresaría de noche.

De esta manera el ladrón del Crédito Lyonés tomó todas las precauciones que juzgó necesarias.

Las completó aconsejando á Juana que no tomase á nadie á su servicio, lo cual estaba indicado desde el momento que no habían conservado á Paulina.

A la mañana siguiente, Luciano fué á la estación de Meudon, á fin de comprar un periódico y ver lo que decían del asunto.

La noticia que leyó le sorprendió y tranquilizó al mismo tiempo.

El robo de la cartera se hallaba en cierto modo relegado al segundo término, puesto que se narraba el suceso bajo este título:

SUICIDIO DE UN COBRADOR DE BANCO

Y se leía á continuación:

«El cobrador de un Banco de las cercanías del Mercado de vinos, Marcial L***, regresó ayer al mediodía á casa de sus amos anunciándoles que acababa de ser víctima de un robo audaz. Su cartera, que contenía cerca de cien mil francos en valores diversos, efectos y billetes de Banco, le había sido robada por un hábil ladrón, mientras él se encontraba á una ventanilla del Crédito Lyonés esperando la expedición de la factura y la comprobación de diversos pagarés que acababa de entregar.

»Al darse cuenta de la desaparición de su cartera, Marcial L*** buscó por todas partes al ladrón, á quien apenas había tenido tiempo de ver, y no habiendo podido dar con él, fué á la comisaría de policía del barrio y dió parte de lo ocurrido. El servicio de la Seguridad, avisado inmediatamente, puso en el acto en campaña á dos de sus agentes más listos.

»Uno de ellos fué en seguida al Banco en que el cobrador estaba empleado, á fin de tomar informes sobre él. Aquel robo, tal como la víctima lo refería, le había parecido bastante inverosímil, y se habían dado casos de empleados infieles que se quejaban de robos para ocultar sus propias fechorías. Sin embargo, debemos decir que los informes dados respecto á L*** por los banqueros fueron excelentes y que, para ellos, su empleado no podía ser objeto de la menor sospecha.

»Aquel paso afectó dolorosamente al cobrador, quien, al volver por la tarde á su casa, calle de Bernardinos, después de haber sido llamado ante el jefe de Seguridad para darle indicaciones, enteróse con amarga estupefacción de que, durante la tarde, un comisario de policía de las delegaciones judiciales había practicado una perquisición en su domicilio. Creyóse definitivamente objeto de sospechas y acusado de aquel robo, y poco después, armándose de un antiguo revólver de ordenanza de la época en que prestaba su servicio militar, aprovechó el momento en que su mujer acostaba á sus dos hijos para levantarse la tapa de los sesos.

»La muerte fué instantánea. La detonación, oída en toda la casa, atrajo inmediatamente, no sólo á la pobre esposa del cobrador y sus hijos llenos de espanto, sino también á la portera y á varios vecinos.

»M. Andral, comisario de policía del barrio, á quien se dió parte en seguida de aquel dramático suicidio, fué y procedió á las atestaciones consiguientes.

(Se continuará.)



Mónaco.—Sexto meeting de canoas automóviles.—Vista general de la Exposición de las canoas, inaugurada por el príncipe Alberto de Mónaco el día 31 de marzo último.

MÓNACO

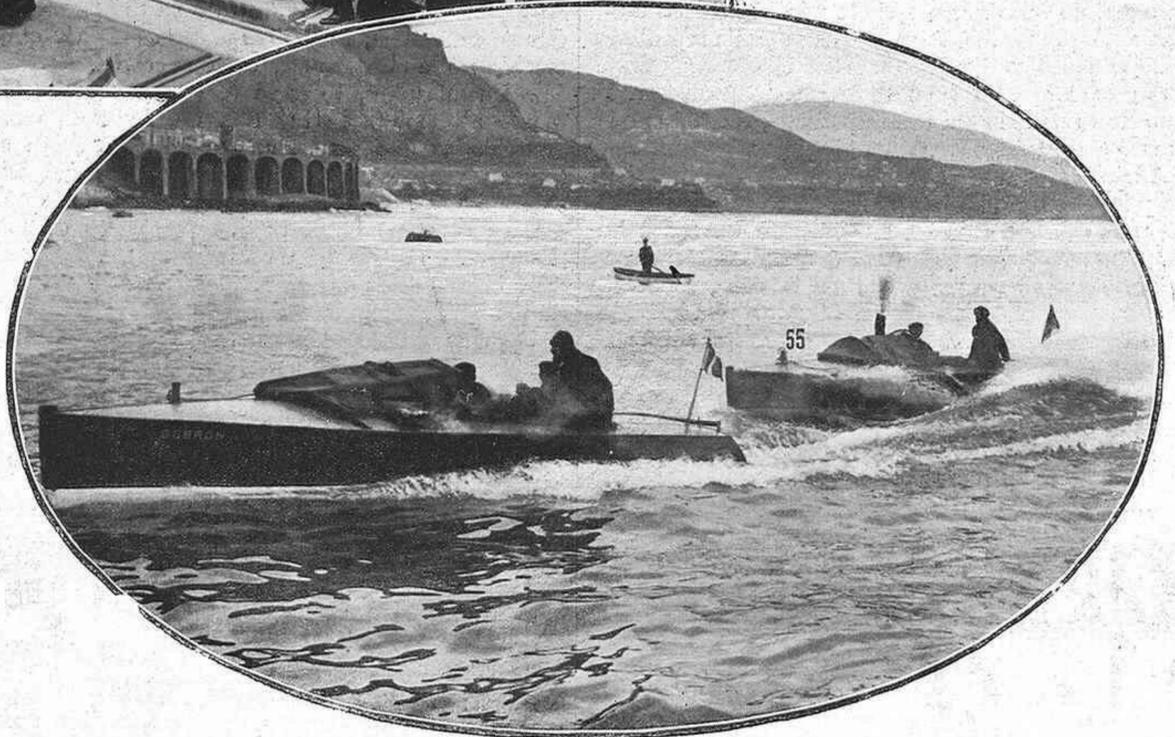
6.º MEETING DE CANOAS AUTOMÓVILES

El día 31 de marzo último el príncipe Alberto de Mónaco inauguró la exposición del 6.º meeting de canoas automóviles; en la que se han reunido 67 *cruisers* y 16 *racers* y en la que por vez primera figuran dos canoas norteamericanas y una alemana.

En los días siguientes efectuáronse los ensayos y se procedió al pesaje de las canoas que han de tomar parte en las diferentes carreras que han de celebrarse, habiendo sido clasificados en la primera serie de *cruisers* (un cilindro de 100 milímetros y un peso mínimo, en carga, de 650 kilogramos) doce; en la segunda (de menos de 6'50 metros), diez y siete; en la tercera (de 6'50 a 8 metros), once; en la cuarta (de 8 a 12 metros), diez, y en la quinta (de 12 a 18 metros), tres.

El domingo, día 4 de este mes, era el primero de las carreras, de las que debían efectuarse la de los *cruisers* de la primera serie, por la mañana, y la de los *racers* por la tarde para disputarse los premios del Tiro de Pichón y de Mónaco respectivamente; pero el mal estado del mar hizo que se suspendiera la última. En la de *cruisers* tomaron parte *Mais je vais piquer II*, *Gobrón*, *Gregoire VII*, *Labor III* y *Excelsior Buire IV*, que llegaron por este mismo orden, habiendo recorrido los dos ganadores del premio los 50 kilómetros en 1 hora, 35 minutos y 33 $\frac{3}{8}$ segundos el uno, y en 1 hora, 38 minutos y 8 segundos el otro.

El segundo día ganó el premio del International Sporting Club el pequeño *cruiser* *Sizaire et Naudin II*, que recorrió 50 kilómetros en 1 hora, 43 minutos y 13 segundos, y el premio de Monte Carlo para grandes *racers* el *Wolseley Siddeley II*, que empleó 49 minutos $\frac{4}{5}$ de segundo en recorrer 50 kilómetros, venciendo



Los *cruisers* «Gobrón» y «Gregoire VII»; el «Gobrón» ha ganado el segundo premio del Tiro de Pichón. (De fotografías de M. Rol y C.ª)



Madrid.—Campeonato de carreras á pie organizado por la Sociedad Gimnástica Española N.º 1, Sr. Gam, ganador del premio de S. M. el rey D. Alfonso XIII y del campeonato; N.º 5, Sr. Caro, ganador del segundo premio; N.º 4, Zavala, ganador del tercer premio. (De fotografía de Asenjo.)

sólo por 14 segundos al *Panhard-Levassor*.

El tercer día efectuáronse las carreras de pequeños *racers*, ganando el premio de Mónaco *Lise-lotte*, y de *cruisers* de las series tercera y cuarta, en las que alcanzaron los premios del Mediterráneo y de la Costa Azul *Gyrinus II* y *Delahaye Nautilus IX* respectivamente.

MADRID

CARRERAS Á PIE

En la mañana del domingo, día 4 del corriente, efectuáronse en Madrid las carreras á pie para disputarse el premio regalado por Su Majestad el rey D. Alfonso XIII, consistente en un artístico bronce de Demange, y una medalla de vermeil y el título de campeón de carreras á pie de la Sociedad Gimnástica Española durante 1909.

Para la carrera, cuyas condiciones eran recorrer 10 kilómetros en carretera y en 38 minutos como máximo, habíanse inscrito los corredores siguientes: Gam, Sáiz, Al-

pha, G. Antón y Martínez, R. Hernández, C. Hernández, J. Tovar (campeón de 1907 y 1908), F. de Diego, F. Bauza, Tunón, M. y P. Lemelle, R. Blanco, Omega, U. Aguilar, L. Bernardo, Podas Okus, S. Pantoja, F. F. Zabala, F. Ordóñez, A. G. Castilla, M. Fernández, F. Latorre y R. Paz. Varios de los inscritos se retiraron, tomando parte en la prueba quince solamente.

Los corredores salieron del Paseo de Recoletos, habiéndoles dado la salida el gobernador de Madrid Sr. marqués de Vadillo, y regresaron, después de realizado el recorrido, por el siguiente orden: Gam, Caro y Zavala, que efectuaron la carrera en 36 minutos 40 segundos, en 37 minutos 25 segundos y en 37 minutos 59 segundos. Los demás emplearon más de los 38 minutos reglamentarios.

Fue proclamado campeón el Sr. Gam.

BARCELONA.—LA JURA DE LA BANDERA

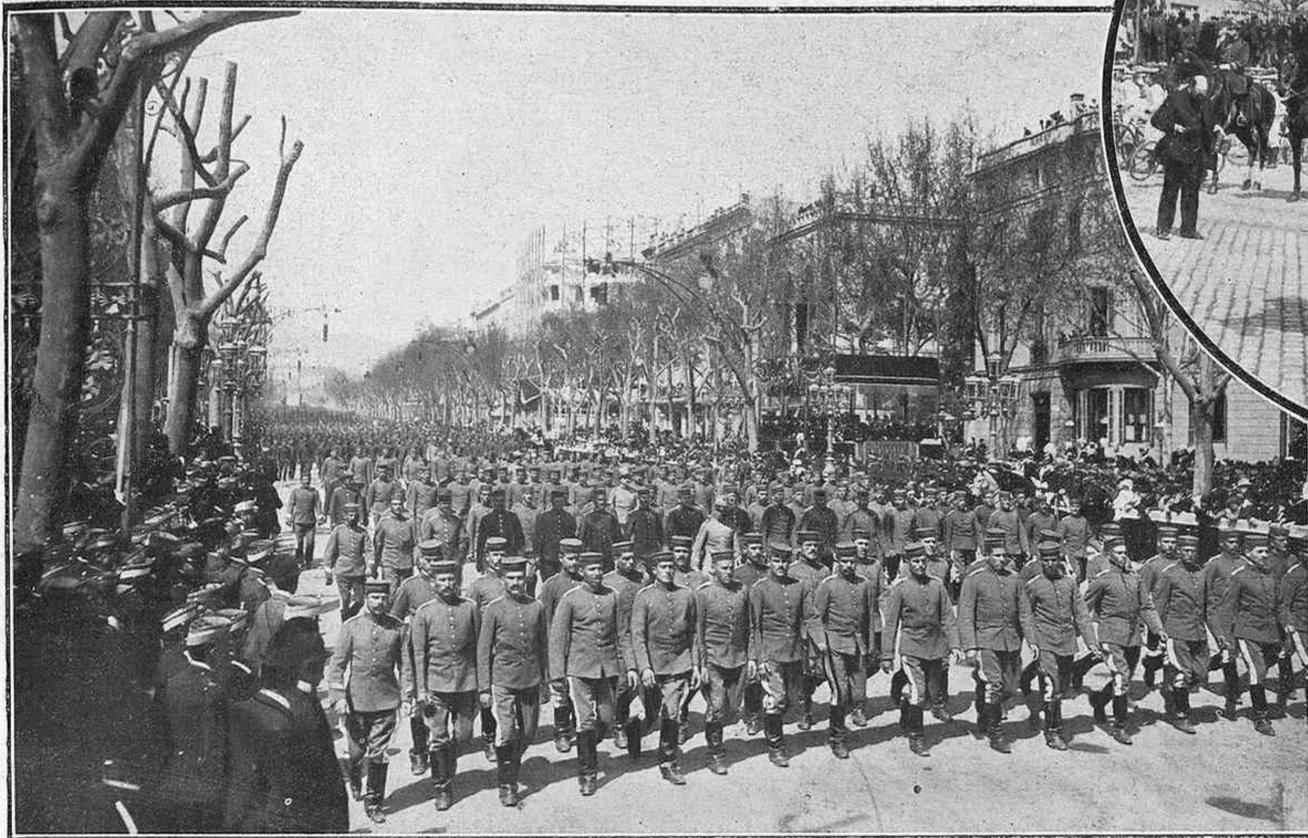
Con la solemnidad acostumbrada y propia del acto, celebróse en la mañana del día 4 de los corrientes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas últimamente incorporados á filas en esta guarnición.

En el centro de la plaza que forman al cruzarse la Gran Vía Diagonal y el Paseo de Gracia, habíase levantado un altar artísticamente adornado con palmas, laureles y trofeos militares. A las diez comenzó

tuándose á la izquierda del altar, junto al cual hallábase el Ilmo. Sr. obispo de Eudoxia con una comisión del cabildo catedral, el gobernador civil, el presidente de la Audiencia, el presidente de la Diputación Provincial, el alcalde accidental, comisiones de la Diputación y del Ayuntamiento, representaciones del Claustro Universitario y de varias entidades, etc.

Terminada la misa, que dijo el teniente vicario castrense D. Juan Valiente, comen-

por el Ayuntamiento, frente á las cuales se situó el capitán general con su escolta, y en seguida comenzó



Barcelona.—La jura de la bandera, efectuada el día 4 de los corrientes.—Desfile de los reclutas



El capitán general D. Luis de Santiago presenciando el desfile después de la jura de la bandera. (De fotografías de A. Meillett)

la formación de las tropas y poco antes de las once llegó el Excmo. Sr. capitán general D. Luis de Santiago, acompañado de un brillante estado mayor, si

zó la ceremonia de la jura de la bandera ante el cuerpo más antiguo; mientras los reclutas juraban, los invitados pasaron á las dos tribunas levantadas

concurriendo al acto. La jura de la bandera fué presenciada, como de costumbre, por un público numeroso.

APIOLINA CHAPOTEAUT

Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simon, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona

Date de 1849 Paris.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Usar y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B^o Es. N^o 16, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

LA GÉNERA EN VENTE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESPROBADO de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

N. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^o, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SEÑORAS

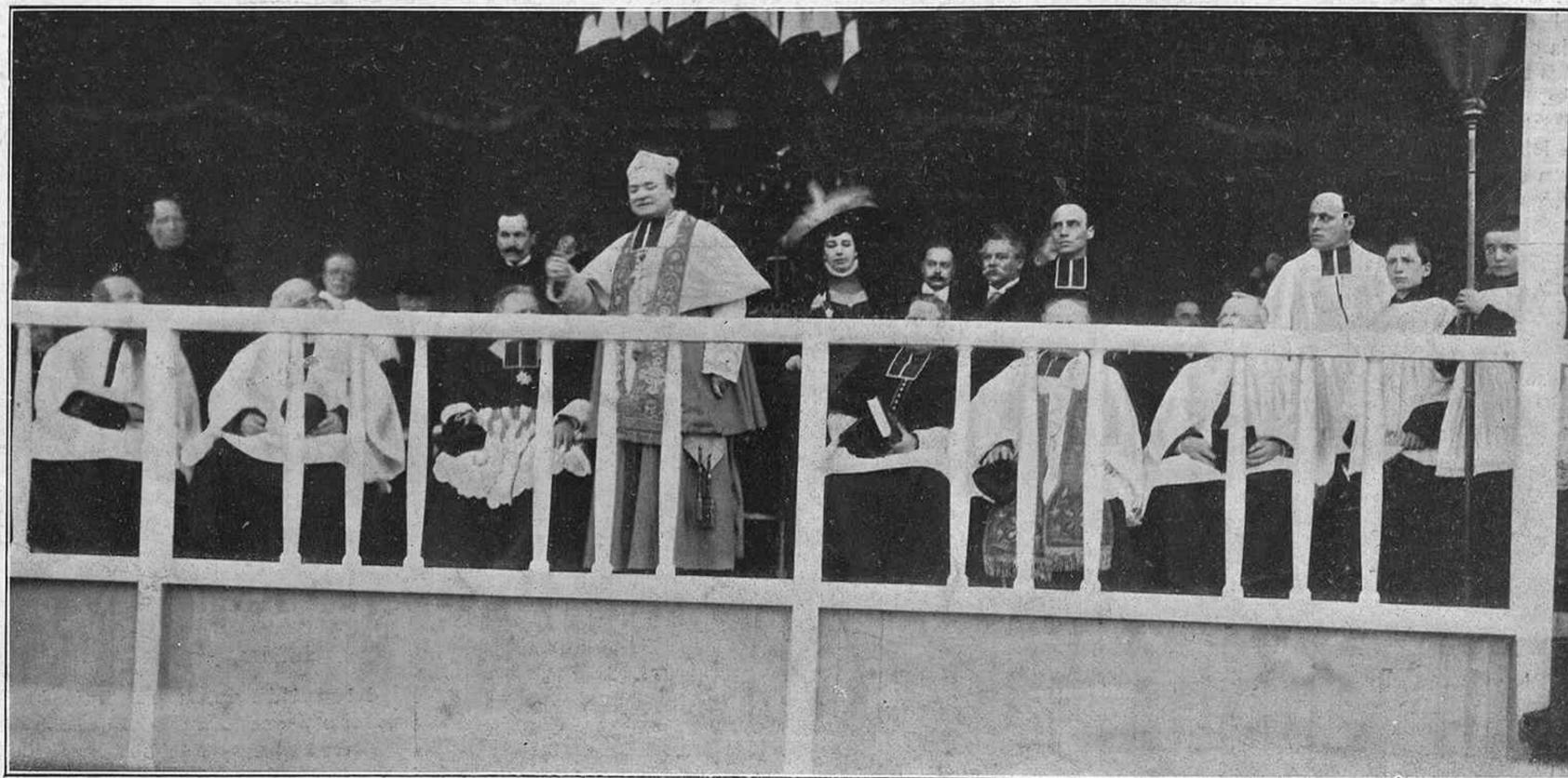
EL APIOL DE LOS D^{OS} JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^o G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA IGLESIA Y EL PROGRESO.—BENDICIÓN DEL AERÓDROMO DE JUVISY, EN LAS INMEDIACIONES DE PARÍS



Monseñor Amette, arzobispo de París, bendiciendo el Aeródromo de la Compañía de Aviación, situado cerca de Juvisy, y los aeroplanos instalados en el mismo. (De fotografía de M. Rol y C.^a)

El día 1.º de los corrientes efectuóse con gran solemnidad la bendición del aeródromo que en Juvisy ha establecido la Compañía de Aviación. A pesar de la lluvia, un público numeroso y en su mayoría aristocrático llenaba las tribunas, desde una de las cuales, adornada con banderas tricolores, Monseñor Amette, arzobispo de París, procedió á bendecir el local y los dos aeroplanos *Ile de France* y *Alsace*, en él instalados.

Antes, pronunció el eminente prelado un hermoso discurso. Comenzó felicitando á los organizadores del aeródromo por haber asociado su tentativa á la Iglesia, proporcionando á ésta la ocasión de demostrar que no es enemiga del progreso, como algunos caprichosamente suponen, sino que, por el contrario, está dispuesta á fomentar todas las nuevas manifestaciones de la industria humana y á pedir para ellas la bendición

del cielo. Luego, recordando que la Iglesia bendice los buques y los trenes, que se asocia realmente á todos los esfuerzos, á todas las grandes obras por las cuales el hombre, con la autorización y la gracia de Dios, afirma su soberanía sobre la naturaleza, dijo que ninguna manifestación debía merecer más las bendiciones de la Iglesia que la de la conquista del aire, ya que el hombre no ha sido creado para arrastrarse por la tierra, sino para ascender.

Finalmente invitó á los concurrentes á unirse á él para pedir á Dios que proteja una ciencia nueva, que favorezca sus progresos y que preserve de todo peligro á los que á ella se dediquen.

Terminado su discurso, Monseñor Amette procedió á bendecir el aeródromo, los dos citados aeroplanos y á todos los que habían concurrido á tan solemne acto.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
 El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
 Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición
 Exigense el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants"
 FUMOUZE — PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN